

BOLSILIBROS
BRUGUERA

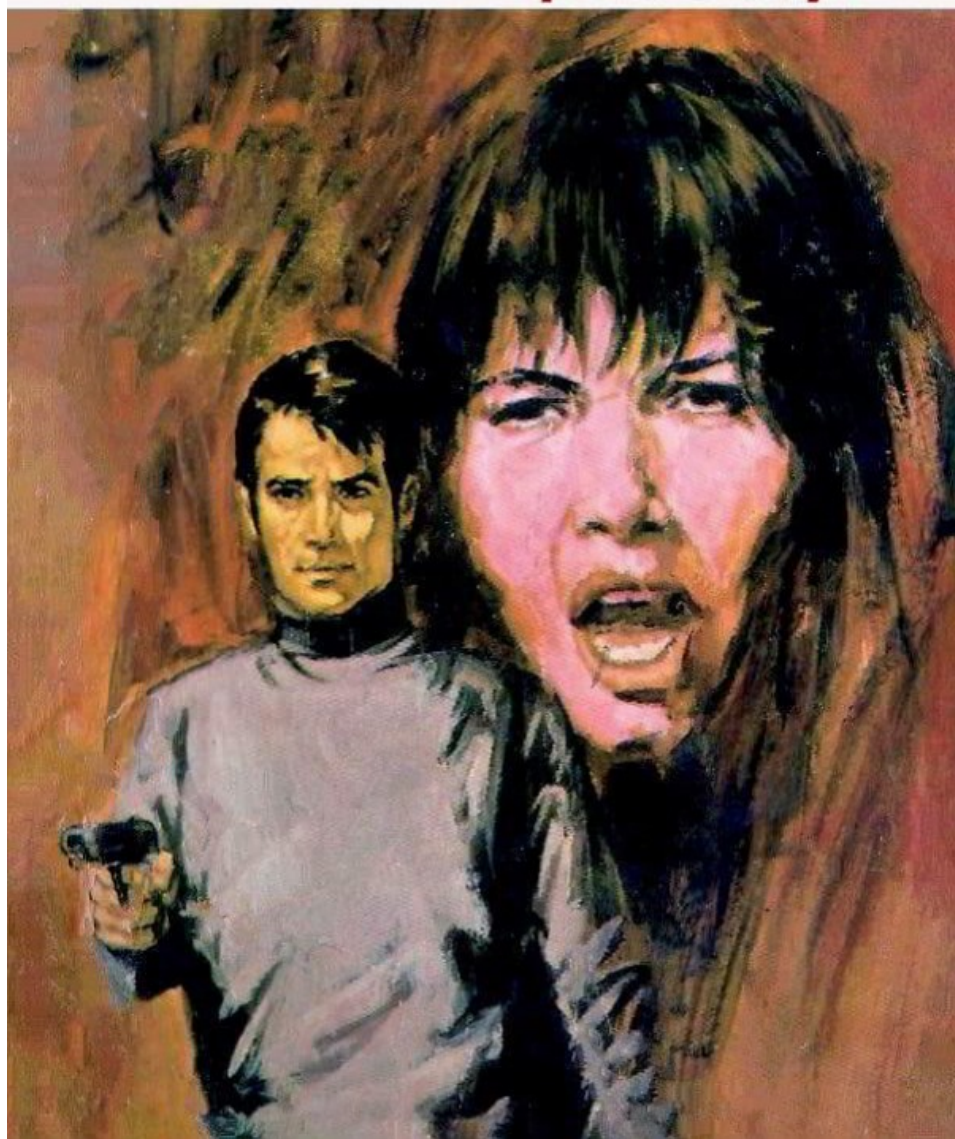
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

pandilleros espectrales

peter debry



Telma Anderson, modelo de los Grandes Almacenes Simons, miraba a veces con cierto escepticismo el *slogan* de propaganda: «Complacer al cliente más exigente».

Pensaba ella que su exigencia no la podía satisfacer ningún departamento de los almacenes más descomunales de todo el Reino Unido.

Simons se vanagloriaba de suministrar desde mondadientes hasta el más económico de los yates, pero no podían proporcionarle a Telma Anderson lo que ella soñaba.

Una aventura romántica.



Peter Debry

Pandilleros espectrales

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1087

ePub r1.0

Lds 12.03.18

Título original: *Pandilleros espectrales*

Peter Debry, 1971

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Telma Anderson, modelo de los Grandes Almacenes Simons, miraba a veces con cierto escepticismo el *slogan* de propaganda: «Complacer al cliente más exigente».

Pensaba ella que su exigencia no la podía satisfacer ningún departamento de los almacenes más descomunales de todo el Reino Unido.

Simons se vanagloriaba de suministrar desde mondadientes hasta el más económico de los yates, pero no podían proporcionarle a Telma Anderson lo que ella soñaba.

Una aventura romántica.

Para ella, profundamente idealista, haber nacido en la era atómica había constituido un grave, aunque inconsciente, error.

Su lectura predilecta eran las novelas de capa y espada. Añoraba la época en que un gallardo mancebo, por la sonrisa de una dama, besaba la cruz de su acero y asestaba tajos a diestro y siniestro.

Cuando viajaba en el Metro, muchos varones de toda edad y pelaje, la detallaban complacidos.

Pero al abrirse las puertas con el chirriante soplo del fuelle de aire, todo se convertía en un barullo de apretujones, protestas y gruñidos.

No había uno solo de los que antes la contemplaban con deleite que la ayudase a salir venciendo el dragón de la oleada de los que pretendían entrar sin dejar salir.

En los camerinos, mientras se desvestía para en bata esperar su turno de exhibir modelos, oía los variados y múltiples comentarios de sus compañeras de trabajo.

—Ayer lo pasé fenómeno, chicas. Este mozo está como un tren. Su papi le pasa una pensión mensual a condición de que no trabaje,

porque dice el niño que cada intento de su viejo para que laborase en una empresa próspera, daba por resultado arruinarla.

—¿Visteis *Furor sensual*? Terence Stamp está súper. Dispara unas ojeadas escalofrantes. Debe de ser un bestia despampanante enamorando.

—A mí me parece un besugo maníaco.

—Pero muy interesante, mona.

—Hay que vivir la vida, chicas. Y aprisa.

—¿Por qué aprisa?

—Abundan las bombas golosas que se pueden merendar una tajada de la tierra como si fuera un melón. No sabemos si mañana respiraremos, o sea, que hay que vivir. Ya voy, ya voy... Ahora a dar paseítos delante de ballenas que pretenderán embutirse dentro de esta funda.

«Vivir la vida» era para Telma Anderson algo muy distinto del concepto de las que solamente pensaban en coches veloces, músicas trepidantes, joyas y como meta final un marido millonario.

Por más sentimental que fuese, nunca pudo ella imaginarse que el «príncipe azul», el hombre que iba a ser su gran amor, el hombre que iba a proporcionarle la gran aventura, tendría el aspecto con el que vio por vez primera a Derek Garfield.

Residía ella al sur de Londres, en las afueras, junto a la boscosa ribera del Támesis, con su hermano Bertram.

En aquella agradable tarde de mayo, libre de trabajo, caminaba ella el medio kilómetro que separaba la estación de su casa.

Lo hacía sin prisas, aspirando el olor de las flores destacando contra el verdor de los setos.

Le faltaban unos treinta pasos para llegar a la empalizada de madera que cercaba el pequeño jardín de su casa, cuando vio algo que la escandalizó.

Si existía en el mundo algo repulsivo, era lo que estaba viendo.

Tendido sobre la espalda, cruzadas en alto las piernas, sobre la hierba del talud de la cuneta, un hombre joven, mugriento, sin afeitar, con ropas llenas de remiendos, suciedad y jirones, silbaba suavemente.

No era un *hippy*. Era un vulgar vagabundo.

Entrelazaba las manos bajo la nuca, cubriendo su frente y ojos con un sombrero tirolés que debía haber soportado años de lluvia,

sol y polvo.

Telma Anderson veía una suela agujereada... y un pie sin calcetín. Se detuvo, indignada.

Aquel astroso vagabundo era joven, alto, fuerte, y su tez morena no tenía el menor síntoma de palidez enfermiza.

Sin poderse contener, afirmó Telma:

—Debería darle vergüenza.

El desconocido dejó de silbar.

Incorporándose sobre un codo, se echó atrás el sombrero y miró en rededor.

Después contempló pensativo a la que repetía:

—Debería darle vergüenza.

—Ah, pero ¿va conmigo la cosa?

—Sí, con usted.

—¿Qué he hecho yo?

—Un hombre fuerte, joven, tendido aquí como la misma imagen de la más imperdonable vagancia. Si yo fuera policía, ahora mismo le llevaba a la comisaría.

Derek Garfield rió divertido.

Telma Anderson, doblemente indignada, no pudo sin embargo evitar un pensamiento incongruente. Aquel cínico sujeto tenía unos dientes blanquísimos.

—Disculpe, pero me carcajeo porque me hizo gracia imaginarla de policía. Me pondré en pie, ya que me honra dirigiéndome la palabra.

Meditó ella rápidamente: «Casi un metro ochenta. Y sus ojos pardos rebosan buen humor, vitalidad...». Pero dijo ásperamente:

—En la ciudad hay miles de empleos para vagabundos. Si tuviera la menor dignidad, trabajaría, iría aseado y... Bueno, prefiero callarme.

—¿Por qué? Siga, siga.

—Tenga en cuenta que si le estoy hablando es porque no me gusta ver cerca de mi casa a un vagabundo, que llegada la noche puede intentar robar. ¡Esto es! Y se lo digo claro, sin tapujos.

Volvió a reír Derek Garfield, incontinentemente.

Pero al observar la furiosa mirada de la preciosa desconocida, trató de aparentar pesadumbre compungida.

—Tengo mala suerte. Busco ansiosamente trabajo, pero no se

encuentra así como así.

Hay crisis.

—¡Lo que hay es gandulería! En el puerto faltan descargadores.

—Hay que ser de la Unión.

—¡Lave platos!

—No puedo pagar la cuota de Hostelería.

—No, si excusas no le faltan. Y me estoy preguntando por qué le hablo. A mí no me importa nada que sea usted un haragán. Y ya que sabe tanto de leyes sociales, sabrá también si no existe una que le impida rondar una casa.

—Primero, no rondo nada. Segundo, no existe ninguna ley que me prohíba tenderme en la hierba de un terreno libre. El disfrute de la sana naturaleza, sobre todo en primavera, es propiedad y privilegio de la hermandad humana y pertenece al libre albedrío individual.

—¡Más vergonzoso todavía...!

—¿El qué?

—Que siendo usted un hombre culto, acapare tanto cinismo. Ya puede llamarme entrometida. ¡Ande, hágalo!

—En efecto, es usted una entrometida, pero deliciosa.

Su íntimo ser susurró:

«Es guapo con ganas. Una sonrisa magnífica, cordial». Pero sus labios pronunciaron:

—Inspira usted asco, buen hombre.

—Es que no vine aquí pretendiendo inspirar pasiones locas.

—¡No, si además es usted un descarado de espanto!

—Oiga, encantadora criatura... Vamos a poner los puntos sobre cada vocal pertinente. Yo estaba aquí, sesteando despierto, silbando mi alegría de poder gozar del lujo de no dar golpe, y llega usted y empieza a meterse conmigo.

Telma Anderson buscó las adecuadas palabras.

Al no encontrarlas se quedó unos instantes titubeando, contemplada por el riente vagabundo.

Indignada, dio un taconazo antes de alejarse apresuradamente.

Derek Garfield volvió a tumbarse, cruzó las piernas y silbando, pensó que la hermana de Bertram Anderson era un encanto.

CAPÍTULO II

En la casa, Telma Anderson oyó una voz desconocida, procedente de la sala habilitada como despacho por su hermano.

La voz, ronca, autoritaria, decía:

—Espero, pues, que me haya comprendido perfectamente, Anderson.

—Pero me gustaría conocer más a fondo el asunto, Dudley. No negaré que la oferta es espléndida... ¿Eres tú, Telma...? Es mi hermana.

Entró Telma, y su hermano, sonriente, hizo las presentaciones:

—Mi hermana Telma. Henry Dudley.

—Encantado —replicó el visitante.

Un hombre de unos cuarenta años. Distinguido, de rostro delgado. Sus negros ojos, huidizos, inquietos, carecían de franqueza.

Tras su sillón había un individuo ancho, macizo, con cara brutal, de luchador.

Le extrañó a Telma que no fuera presentado. Comentó su hermano:

—Pareces enojada, Telma.

—Es que acabo de ver a pocos pasos de aquí a un joven vagabundo que es la verdadera imagen del cinismo y la holgazanería. Estaba tendido, silbando.

—Tenderse, si no es en la carretera, y silbar, no son cosas que estén prohibidas, Telma.

Henry Dudley miró hacia atrás y silabeó:

—Vete a ver quién es este fulano, Gunter. Si te parece sospechoso, dale una paliza.

Sorprendida, murmuró Telma:

—Señor Dudley, no creo que sea necesario tomar medidas tan

severas con aquel desgraciado.

Lo decía con cierta pena, porque el llamado Gunter, al cerrar los puños y dirigirse hacia la salida de la casa, parecía la personificación de la brutalidad contundente.

Dijo ella:

—Sigan con su conversación. Iré a refrescarme, porque hoy hace calor, ¿verdad que sí?

Estaba ya fuera de la sala, pero oyó perfectamente la ronca voz del visitante silabeando:

—Su hermana es muy bonita, Anderson.

Maquinalmente, sin poderse contener, abandonó ella la casa, y saliendo por una puerta lateral que comunicaba con el terreno vecino y la ribera del río, llegó hasta el talud.

A seis pasos de distancia vio al vagabundo tumbado, con las manos entrelazadas bajo la nuca, silbando.

Se quedó tras el árbol, algo avergonzada de su espionaje, y vio llegar al llamado Gunter, quien, sin saber por qué, le inspiraba, al igual que Henry Dudley, una antipatía instintiva.

A dos pasos de distancia del vagabundo, refunfuñó Gunter:

—¡Eh, tú, tío guarro!

Derek Garfield dejó de silbar para incorporarse sobre un codo, echándose hacia atrás el sombrero tirolés.

Desde donde estaba, al igual que oía, pudo Telma ver que el vagabundo ya no sonreía ni contenían la menor cordialidad sus pardos ojos.

Indagó Garfield:

—¿Va conmigo?

—Contigo. ¿Qué haces aquí?

—Espero el autobús.

—Por aquí no pasa.

—Pues por esto mismo.

La estrecha frente de Gunter se arrugó en el esfuerzo pensativo. Su achatada faz adquirió un torvo aspecto amenazador.

Gruñó:

—Largo de aquí, bribón.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

El pie derecho de Gunter se echó hacia atrás.

Salió disparado en recio puntapié dirigido al rostro del vagabundo sentado.

Telma cerró los ojos, un segundo.

Al volver a abrirlos vio al vagabundo en pie.

Y a Gunter que, perdido el equilibrio, giraba sobre sí mismo, llevado por el impulso de su patadón en el aire.

Garfield anunciaba calmosamente:

—Oye, chimpancé, es ya la segunda vez en cinco minutos que se meten conmigo. La primera era agradable, pero ahora no, ni mucho menos. Largo de aquí, crápula.

Recobrado el equilibrio físico, balbuceó asombrado Gunter:

—¿Qué, cómo..., eh? ¿Crápula, yo?

—Aunque te afeites y lleves ropa limpia, hueles a matarife. Conque lárgate, antes que me enfade y te haga picadillo. ¡No hay derecho! ¿Es que no puede uno descansar tranquilo sin que le vengan a...?

Bufando como un toro picado por un tábano, Gunter arremetió expertamente.

Tendido el puño derecho y el izquierdo ante el pecho, en espera de conectarlo con la barbilla sin afeitar.

Garfield esquivó el directo que le asestaba Gunter, enfinta destinada a que alzara las dos manos.

El gancho de izquierda rozó por centímetros la barbilla de Garfield, quien con seca precisión colocó un fuerte izquierdazo en el hígado de Gunter.

Al ladearse Gunter, Garfield largó su derecha contra el rostro adversario, pero el otro, esquivando, pegó en recio vaivén al estómago.

Arqueándose hacia delante para amortiguar el efecto, incurrió Garfield el brazo, y su codo chocó contra el cuello de Gunter, el cual por un instante se quedó sin respiración.

A una velocidad prodigiosa propinó Garfield una serie al estómago y costados de Gunter. Al doblarse éste hacia delante, cruzó Garfield ambos puños en directos muy secos, que crujieron contra la nariz achatada.

Sangrando, encajaba Gunter, sin dejar de golpear a su vez.

Tras el árbol, Telma Anderson sentíase como paralizada ante el

salvaje espectáculo.

El vagabundo se había convertido en un ceñudo y feroz pugilista científico, y el otro pegaba con toda su alma, como ansiando destrozar a un enemigo odiado.

Alzó Gunter de repente una pierna intentando colocar un rodillazo alevoso. Su contrincante pareció querer ayudarle al pasar una mano bajo la rodilla y dar un empujón.

Perdida la vertical, cayó Gunter ruidosamente de espaldas.

Quedó sujeto por una pierna, mientras sobre su cara, ladeándosela, se aplastaba la suela agujereada.

—No te revuelvas, matarife. Quieto o te parto la nuez a taconazos. Tienes suerte, hombre.

Resolló un poco Garfield antes de proseguir, sin soltar presa:

—Tienes suerte de que hace poco vi aparecer un ángel femenino, de dulces curvas y chispeantes ojos celestes. Me puso de buen humor, sino ahora mismo te machacaba la caja del serrín, pedazo de buey. ¿Quién te mandó meterte con un pacífico y tranquilo veraneante? ¡Anda, en pie, y lárgate!

Libre ya, Gunter se apoyó en manos y rodillas para enderezarse.

Cuando estaba incorporándose, se abalanzó de pronto, cabeza baja, mientras su diestra hundiéndose bajo el sobaco, extraía una automática.

Tan fulminante resultó el ataque como la réplica.

Como un diestro que ciñéndose deja pasar la embestida, se ladeó Garfield y mientras su puño derecho se abatía sobre el pescuezo de Gunter, su zurda le asía la muñeca armada, retorciéndole el brazo.

Incorporado y muy erguido en contra de su voluntad, Gunter hizo una serie sucesiva de horribles muecas.

A sus espaldas, alzándole el brazo doblado, le advertía Garfield:

—Suelta el cañón o te saltará la clavícula. Abre bien las orejas y escucharás un ruido muy desagradable... Un crujido y luego el hueso que se sale de su encaje... Suelta el cañón.

La automática cayó al suelo.

Empujó Garfield a Gunter, cuyo brazo derecho quedó colgando inerte.

Con la zurda trataba de masajearse el hombro dolorido que por un instante tuvo a punto de desencajarse.

Al recoger del suelo la pistola, Garfield, endurecidas las

facciones, encañonó a Gunter.

—Galopa, cretino, a todo tranco, o te taladro los fondillos.
¡Galopa!

Gunter saltó a la cuneta.

Telma Anderson, sin saber por qué, sonreía al regresar a su casa.

Pensó que su contento era impropio. Era una satisfacción casi delictiva, porque Gunter representaba el orden y la sociedad, mientras que el vagabundo era un fuera de la ley.

Al entrar oyó ella la ronca voz de Dudley preguntando desde la sala:

—¿Lo espantaste, Gunter?

Fue Telma la que contestó:

—Gunter viene a todo galope... Perdón, quise decir que fracasó. No sé si el vagabundo le rompió el brazo, pero lo que resulta visible es que sangra por las narices.

Se oyeron los pesados pasos de Gunter.

Al entrar miró con evidente temor a Henry Dudley, que comentó con su peculiar silabeo incisivo:

—Te mandé a indagar, no a que hicieras el ridículo.

Intervino Telma, dolida al ver el rostro sangrante del acompañante de Dudley.

—Venga conmigo. Le pondré una compresa de alcohol.

Atajó Dudley:

—Déjelo, señorita. Fue boxeador y tiene pañuelo. ¿Qué pasó, Gunter?

—Apenas llegué el vagabundo me atizó.

—¡Mentira! —exclamó Telma—. Yo lo vi todo. Su amigo, señor Dudley, quiso pegarle un puntapié a traición, y el vagabundo...

Bertrán; Anderson terció, molesto:

—Por favor, Telma, no vas ahora a salir en defensa de un vagabundo.

—Pero es que los modales de Gunter me resultaron como los de un matón de telefilme...

—El señor Dudley tiene negocios muy importantes y se hace acompañar por Gunter como escolta, porque ha recibido amenazas de muerte de una banda de pistoleros.

Y poniéndose en pie, agregó encolerizado Anderson:

—Vamos a ver qué se ha creído ese vagabundo maltratando así a

gente honorable.

Masculló Gunter:

—Me quitó la automática y me llamó matarife.

Brillaron los huidizos ojos de Dudley.

Y al dirigirse a la salita junto a Anderson, comentó:

—Gunter fue matarife en el Mercado Central. ¿Lleva usted arma, Anderson?

—No. Ni creo que me haga falta.

—Tome esta pistola. Si el vagabundo sabe que Gunter fue matarife, debe de ser algún espía de los pandilleros. Yo le identificaré.

Telma Anderson volvió a parapetarse tras su sitio de observación.

No temía por su hermano.

No podía razonarlo, pero tenía ya la convicción de que el vagabundo no era ningún pandillero.

CAPÍTULO III

Derek Garfield estaba masajeándose las doloridas costillas. A la vez removía las mandíbulas ayudándose con la palma zurda.

Meditó Telma que aquel desconocido con ropa limpia y afeitado, debía resultar agradable. La voz crítica de su conciencia recriminó: «Es un vago, un cínico pendenciero, posiblemente un rufián de tabernuchos...».

—¡Oiga usted! —interpelaba Bertram Anderson.

Acompañado por Dudley y seguido por Gunter taponándose la nariz a toques de pañuelo, los tres acababan de subir al talud.

Sin soltarse la barbilla, refunfuñó Garfield:

—Rediez, hoy estoy de moda. ¿Qué le pasa a usted?

—El señor que me acompaña ha recibido amenazas de pandilleros y envió a Gunter para ver quién era usted. Y usted ha golpeado al señor Gunter.

—¿Y no le parece que el tal Gunter, que de señor tiene lo que yo de vicetiple, es ya lo bastante crecido para defenderse solo?

—Oiga, oiga...

—Oiga usted, sí, señor. Vino aquí su Gunter llamándome guarro y quiso darme una coz, como si yo fuese un perro sarnoso. Por último sacó una automática, y lógicamente no iba a quedarme yo quieto.

Henry Dudley avanzó un paso.

—Usted le llamó matarife.

—La que era. Hace un año estaba apuntillando reses en el Central.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque cuando me daba por trabajar iba yo en los camiones que traían ganado desde las Highland. Bueno, y a todo eso, ¿a qué

viene este interrogatorio?

—Ha maltratado usted a Gunter.

—¿Qué querían? ¿Qué le besase? Amo la paz, pero no tanto. Si me dejo avasallar, a esta hora estaría yo esperando, sin oírla, una ambulancia.

Preguntó Anderson en voz baja a Dudley:

—¿Cree que es uno de los pandilleros que le han amenazado?

—No. Pero pídale sus papeles de identificación.

—¿Qué están cuchicheando los dos?

Solicitó Anderson:

—Quisiera ver su documentación.

—Y yo su chapa.

—¿Qué chapa?

—Para pedirle documentos de identidad a un ciudadano apacible, es preciso primero mostrar la chapa de policía cuando se va de paisano.

—No soy policía, pero para tranquilizar a mi amigo le ruego nos diga quién es.

—Hombre, dicho así con cortesía, quiero corresponder. Ésta es mi ficha.

Recogió el sombrero del suelo. De la badana extrajo una libreta mugrienta, tendiéndola a Anderson, que leyó en voz alta:

—«Garfield, Derek. Veintisiete años. Nacido en Kempton, condado de Surrey.

Profesión, técnico electricista». Documento sellado en la oficina de colocación del distrito octavo de Londres, el año pasado. Tome, Garfield, y perdone.

—No hay de qué. Soy un sin trabajo, pero no un maleante. ¡Toma, Gunter, cariño!

Y Garfield sacando repentinamente de su bolsillo la automática, la arrojó.

Gunter la cogió diestramente en el aire, en zarpazo ansioso.

Aclaró Garfield:

—Tiré las balas muy lejos, Gunter. Para evitarle malas tentaciones.

Gruñó Gunter:

—Ya nos veremos algún día, matón del...

—¡A callar! —Silabeó Dudley secamente—. Tome, joven. Estas

dos libras por las molestias.

—Se agradecen, pero no las tomo. Estoy de vacaciones completas.

Encogiéndose de hombros, Dudley dio media vuelta. Ya en la carretera, se dirigió a su coche, estacionado al otro lado de la casa de los Anderson.

Iba Gunter a sentarse frente al volante.

—Tú, atrás. Conduciré yo. Hasta pronto, Anderson. Medite en mi oferta. Tiene de tiempo hasta el sábado. Saludos a su hermana.

El lujoso «Daimler» arrancó camino de la capital.

Entrando en la casa, comentó Anderson:

—El vagabundo es un sin trabajo, Telma. Un técnico electricista.

—La plancha y los contactos de la nevera necesitan un arreglo, Bert.

—Es cierto.

Y Bertram Anderson volvió a salir, mientras Telma, ante el espejo, revisaba su aspecto. No le cabía ya la menor duda de que había un misterio en la vida del llamado Derek Garfield, técnico electricista.

Salvo los desplantes, cuando quería hablaba como un hombre culto. ¿Qué le había impulsado al abandono de todas las conveniencias vestimentarias?

¿Un carácter rebelde? ¿Un desengaño amoroso?

Le había rechazado las dos libras al antipático Dudley, que trataba a Gunter como si fuera un esclavo.

Bertram Anderson estaba de nuevo en el talud.

—Oiga, Garfield... Tengo un par de trastos que necesitan una ojeada. Son cacharros eléctricos.

—Vamos allá. Espero que no me guarde rencor por haber acariciado a su amigo Gunter.

—No es amigo mío. Le conocí esta misma tarde.

Entraban en la casa.

—Mi hermana Telma. Derek Garfield.

—Encantado de conocerla. Casi juraría que ya la he visto...

—Es..., es en la cocina, ¿sabe? Una plancha... Bueno, usted mismo se dará cuenta.

En la cocina, Garfield pidió un destornillador, cinta aislante y un pedazo de jabón.

Terminada su hábil reparación, comentó:

—El jabón no era para mí, sino para las juntas desgastadas.

Invitó Anderson:

—¿Una copa, Garfield?

—Estupendo.

—Conocía ya a Gunter, ¿no?

—De lejos, pero es un mal sujeto, un matón de alquiler. Desprestigia al otro.

—Henry Dudley es un financiero que ha recibido amenazas de muerte y se hace acompañar por Gunter, que tiene licencia para el porte de armas. A su salud, Garfield.

—A la suya, Anderson.

—¿Cómo sabe que me llamo Anderson?

—Tengo buen oído, y el otro cuando le cuchicheaba que me pidiese la documentación, añadió su apellido.

—Es cierto, lo había olvidado. No le extrañe mi suspicacia, pero un técnico como usted..., en fin, así trajeado...

—Comprendo. Bien... Tanto gusto, Anderson.

—Acepte estas dos libras.

—No, gracias. Mi trabajo puede valer a lo sumo una libra, pero para usted, gratis.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque es usted cortés, y esto no abunda hoy.

—Siéntese, Garfield —sonrió Anderson—. Vamos a cenar, Telma. Demuestra que eres una experta ama de casa. Cenamos aquí en la cocina y a hora temprana, porque a las ocho debo estar en la Compañía Aérea Mulligan. Y a propósito, tal vez pueda encontrarle trabajo, Garfield. Soy piloto de experimentación en vuelos nocturnos. Y los buenos electricistas no sobran.

—Se lo agradezco, pero le tengo que confesar que me echaron del último empleo que tuve... Hace ya cuatro meses.

—Hay crisis.

—No, no. Es que el capataz y yo no estábamos de acuerdo. Era un poco impulsivo y me dio un empujón. Ya sabe lo que pasa... Yo le di otro. Me dio un puñetazo. Le di otro... Bien, me echaron a la calle y sin certificado. Pero como tenía ahorradas cincuenta libras, decidí descansar.

Rió Anderson.

—Los capataces de mi empresa no dan empujones.

—Debe ser interesante su trabajo.

—Mucho.

La cena transcurrió en conversación sobre vuelos aéreos, ventajas de vivir cerca de Londres y a la vez en el campo, sin polución, lejos de la agitación ruidosa de la gran capital.

Al terminar la cena, dijo Garfield:

—Un café estupendo. Algún día volveré a pasar para que me de otro. Bien, me voy. Y gracias por todo.

—Venga mañana a esta misma hora. O mejor, telefonee a Telma y ella le dirá si le he conseguido empleo. Telma trabaja en el Simons y cuando está desayunando, llego yo para dormir.

—Si tiene prisa por saber si mi hermano le consiguió trabajo, mejor haría esperando a la salida, porque en los almacenes no quieren que nos telefoneen, a menos que se trate de casos urgentes.

Rió Anderson:

—Tal vez sea urgente el deseo de trabajar de Garfield. Pero tiene razón mi hermana.

Mejor que no la telefonee. Sale al mediodía.

—Prometo afeitarme, derrochar jabón y alquilar un traje. Buenas noches.

Al irse Garfield, comentó Anderson:

—Un tipo simpático. Produce la sensación de llaneza y sinceridad. Casi me agradó que le zurrase a Gunter.

—Muy antipáticos tus amigos.

—No son amigos. Dudley me ofrece un contrato magnífico. El doble de mi sueldo para pilotar su avión particular. Me lo estoy pensando.

* * *

En un tugurio londinense que alquilaba camas, presentó Garfield la gamella y una moneda.

Solamente al coger la moneda, el jamaiquino que atendía la sala de comidas hundió el cazo en una gran olla. Vertió una sopa espesa.

Con su plato se encaminó Garfield a una mesa ocupada por otro individuo tan desastrado como él.

Los dos empezaron a comer la sopa en ruidosas succiones.

—Una noche tibia, compadre —dijo el otro.

—De las que alimentan, tuerto —replicó Garfield.

El otro vagabundo, cuya cuenca derecha estaba cubierta por un tafetán, bajó la voz:

—Me enviaron aquí, Derek.

—Nada de nombres. Me dijeron que el enlace llevaría un tafetán anticuado, de color rosa, sujeto con esparadrapo en cruz.

—Bien grande es, ¿no?

—Pero también parece ser que es grande el asunto. Perdona, tuerto, pero necesito más seguridades. Vamos a dar un paseo.

En la calle del barrio hampón, el agente del Grupo Especial MI-16,

que actuaba de enlace, sacó una hoja de periódico del bolsillo.

—Bajo aquel farol. Podrás leer.

Garfield desdobló la hoja en cuyo centro estaba adherida la cartulina de identificación del enlace. El sello especial y la foto con la caracterización que empleaba para frecuentar los barrios portuarios.

—Bien. De acuerdo. ¿Me conoces, tuerto?

—Te he visto en la pantalla de la oficina. Detallado. Tienes el dedo meñique derecho algo desviado de resultas de una fractura.

—Debe ser algo muy importante el asunto en que está mezclado Henry Dudley, cuando andamos con tanto misterio.

—Parece de envergadura y difícil de descubrir. Por esta razón te han mandado a ti, que eres de los mejores del Especial.

—Tuerto... No vale la pena que deambulemos tan asquerosos, si citas lo que debes callar. Comunica que el aviador ha recibido esta tarde a las seis y doce minutos, la visita de Henry Dudley, acompañado de Gunter.

—El aviador, ¿qué?

—Por ahora me parece de buena fe. Comunica también que acudió Gunter y le zumbé un poco. Que Dudley se largó convencido que yo era un trabajador parado. Y que es posible que por unos días trabaje yo en la compañía del aviador.

—Me han encargado que te haga saber que bajo ningún concepto aparezcas por la oficina. Yo vendré todas las noches a este antro.

—¿Por qué?

—Hay noticias de que vienen a dormir dos tipos enviados por Dudley. No sé quiénes son. He de averiguarlo. ¿Me has comunicado todo lo importante?

—Sí, aunque por ahora lo único que considero importante, es haber conocido a una muchacha deliciosamente atractiva.

—Ah, se me olvidaba... Dicen en la oficina que desconfíes de tus impulsos amorosos, porque eres muy enamorado.

—Bien saben que mi gran amor es mi trabajo. Después vienen las mujeres. Pero ella es diferente, ¿sabes?

—Así se empieza. Ella es diferente...

—A callar, tuerto. Y a dormir.

Poco después, tendidos en esquinas opuestas, vestidos bajo la ligera manta de algodón oliendo a desinfectante, ambos agentes del Grupo Especial roncaban sin fingimientos.

CAPÍTULO IV

Al salir a las doce de los almacenes, Telma Anderson sentíase nerviosa. Buscó con la mirada por la amplia acera.

Al ver a un joven de traje gris, muy elegante, de rostro decidido, avanzó hacia él, que pasó de largo.

Recostado contra una farola en la esquina de la acera, estaba Garfield tan astroso como en la tarde anterior.

La perfecta imagen del vagabundo, derrotado por la vida o por la desidia.

Tocó él su abollado sombrero.

—Disculpe. No pude asearme. Los negocios me tienen muy atareado. Está usted preciosa, Telma.

—Lástima que no pueda decirle que está usted precioso. Afeitarse a diario, el jabón y la ducha, son elementos de higiene básica para la sanidad mental.

—Mi mente disfruta de excelente salud, Telma. ¿Qué esperaba?

¿Un

play-boy

recién salido del modisto?

—Esperaba la mínima cortesía de que se presentase aseado. No es que me preocupe demasiado la opinión ajena, pero su compañía resulta demasiado vistosa. Deseo que no haga quedar mal a mi hermano, que le ha conseguido un trabajo a prueba por siete noches, en su compañía. El confía en usted. No sé por qué.

—Lo que pasa es que los hombres no damos tanta importancia a las apariencias de la indumentaria. Si yo hubiese venido de gran gala, entonces usted...

—De gran gala, no. Bastaba con que se hubiese afeitado y sacudido el polvo de la ropa, si es que puede llamarse así lo que

lleva encima. Y estos horribles zapatones... Esta tarde a las siete, mi hermano le espera en casa. Hasta luego.

Ofendida, y a la vez mortificada por demostrarlo, Telma Anderson apretó el paso, alejándose.

De momento tenía Garfield mayores problemas, y además pensaba que aquella misma tarde a las siete volvería a verla.

Caminó en dirección opuesta a Telma y poco después cruzaba el parque Richmond, cuyas últimas alamedas perdíanse ya por las afueras.

En un banco rústico, el tuerto estaba fumando su pipa. Sentóse Garfield a su lado. El paraje era solitario. Podían divisar cualquier movimiento de transeúntes en un radio de quinientos metros.

—Ya podemos hablar claro, Garfield. Me llamo Somerset. Llevo diez días tras un individuo llamado Bernstein. Un tipo que va reclutando pandilleros por los barrios bajos. Y al parecer, hay una estrecha relación entre tu trabajo y el mío.

—¿Qué pinta tiene Bernstein?

—Fácil de identificar. Alto, elegante, facciones planas, ojos muy negros, cabello crespo. Mal genio, y es listo como el propio diablo. Usa poco la pistola. Prefiere el cuchillo. Lo lanza como un campeón. Tiene gran partido entre las mujeres.

—¿Para quién trabaja?

—Mafia.

—Si Bernstein es de la Mafia, ¿contra quién recluta pandilleros en los barrios bajos?

—Esto es lo que tengo que averiguar.

—¿Tienes algún indicio de lo que pretende Bernstein?

—Buscar una infiltración en la pandilla de Joe Tampa.

—Es demasiado conocido.

—Pero no sería Bernstein el que se embutiría entre los elementos de Joe Tampa, sino que elegiría un tipo apto para infiltrarse.

—¿Con qué finalidad?

—El jefe está convencido de que Joe Tampa prepara un golpe de gran envergadura. Algo sensacional, puesto que Henry Dudley, su lugarteniente «cordero»^[1], anda también reclutando gente, tal como, por ejemplo, el piloto aviador nocturno Bertram Anderson.

—Aclaremos, a ver si he entendido bien. El jefe opina que

Dudley, obedeciendo instrucciones de Joe Tampa, su patrón, prepara un golpe de envergadura que no se sabe en qué consiste. Y que Bernstein, trabajando para la Mafia, trata de aprovecharse del golpe que prepara Tampa, por mediación de Dudley. ¿Es así?

—Esto parece. Bernstein quiere averiguar lo que está tramando Joe Tampa. Y nosotros también.

—Entonces vamos por buen camino. El piloto Anderson se verá conmigo esta tarde a las siete. Me ha encontrado un trabajo. Estando yo a su lado sabré lo que desea Dudley de él. Y Dudley debe saber que la Mafia le pisa los talones porque pretexto haber recibido amenazas de pandilleros. Insinuó Garfield:

—Intenta hacerte reclutar por Bernstein.

—Lo veo difícil. Bernstein es muy desconfiado. Tiene pupila y olfato. Lleva años metido en la Mafia. Vendía helados y no había cumplido los trece años, cuando ya actuaba de enlace para los mafiosos.

—Entonces, cuídate bien, Somerset. Si esta noche voy a trabajar en la compañía de Anderson, te veré mañana aquí mismo, a las once. Cuídate, Somerset.

—No te preocupes. Voy con mucho tiento.

Garfield asestó una palmada amistosa, casi apenada, en el hombro de Somerset. Sabía que cada vez que un agente del Grupo Especial seguía pistas por las que merodeaba la Mafia, había tenido mal fin.

—¿Sabes por dónde anda Bernstein, tuerto?

—Almuerza en el automático del Pigeon, en el 47 de la Tottenham. Tiene fama de generoso, ya que los que necesitan dinero recurren a su bolsillo.

—Yo necesito dinero. Bien, hasta la noche o hasta mañana, Somerset.

Dirigiéndose hacia la calle Tottenham, volvió Garfield a pensar que en aquel laberinto donde las dos entradas visibles eran Joe Tampa y la Mafia, sobrevivir iba a resultar un problema difícil.

El Pigeon era uno de tantos establecimientos donde la máquina pregonaba su triunfo sobre el hombre. Aparatos de todas clases, desde el que servía té por diez peniques, hasta el que perfumaba con desodorante las manos por cinco peniques.

No había otro servicio humano más que el de dos vigilantes

reparadores, a cuyo cargo corría la responsabilidad de que ninguna de las máquinas cesase en su cometido de «tragaperras».

La concurrencia del Pigeon era muy diversa y pintoresca. Desde el matarife hasta el andrajoso «pinchadespojos». Desde el camionero hasta los tratantes de todo lo traficable.

Y por entre todos ellos, alternaban mujeres más o menos fáciles.

Apenas, por error o curiosidad, entraba en el local alguien perteneciente al mundo normal, no tardaba mucho en irse. Las miradas de los habituales del lugar eran más impresionantes que cualquier gesto de amenaza directa.

La entrada de Derek Garfield no provocó ninguna mirada de sospecha en la sala rodeada de franjas de espejos.

Uno de los guardianes se le aproximó.

A modo de saludo, advirtió:

—Nada de sacudir las máquinas con premio, o te sacudiremos.

—No te preocupes. No soy hombre de vicios pequeños.

—Pues no te acerques a sacudir las de rodillos o te tritramos.

Las máquinas de rodillos eran las que una vez introducida una moneda de dos chelines y medio, y tras una presión de palanca a gusto del consumidor, mostraban por un mirador transparente cinco cintas que rodaban vertiginosamente, con diversas figuras.

Si coincidían tres campanas y dos cascabeles, la máquina escupía cinco libras. Cuatro campanas y un cascabel, diez libras. Y el premio mayor, las cinco campanas, repóquer, obsequiaba al afortunado con veinticinco libras.

—No te inquietes —afirmó Garfield—. No soy codicioso, ni primo.

Se acercó al conjunto de cilindros de plexiglás que transparentaban emparedados de diversas clases y precios.

Introdujo una moneda y el platillo ascendente colocó ante el espacio vacío un emparedado de pan negro, mostaza y salchicha.

Otra moneda le sirvió un vaso de papel con cerveza ligera. Con ambas provisiones fue a sentarse a una mesa.

En la contigua, había un individuo llamativo. Vestía un traje de piel de tiburón, gris azulado, con reflejos metálicos. Un polo negro ceñía su ancho torso triangular.

La cara aplanada, flaca, hacía resaltar pómulos, frente y maxilares. Los ojos, hundidos en sus cuencas, eran intensamente

negros.

El cabello muy corto, peinado a navaja, se encrespaba en menudos caracolillos ciñéndose al cráneo como un casco felpudo.

Estaba terminando de comer y le servía, con gran respeto, un individuo grueso que pretendía ser elegante.

En la otra mesa, a su izquierda, tenía Garfield a un clásico tratante de ganado. El bolsillo posterior le abultaba con un billetero voluminoso.

Derek Garfield tuvo una inspiración. Sabía que Bernstein, sin mirarle, le estaba observando, valiéndose de uno de los espejos de la pared.

Deslizándose por la banqueta muy lentamente, se aproximó Garfield al tratante.

Su mano izquierda, sobre el asiento, fue progresando cautelosamente hacia el bolsillo posterior del pantalón del hombre que estaba masticando porciones de un enorme filete.

Se reclinó Garfield poco a poco sobre su hombro izquierdo. Podían suceder dos cosas. Si el tratante se daba cuenta, intentaría escapar, pero así habría logrado llamar la atención del reclutador Bernstein.

Si atrapaba el billetero sin ser descubierto, también Bernstein se fijaría en él. Hacía ya tiempo que se buscaba una prueba evidente contra Abe Bernstein.

Sus dedos rozaban ya la pernera del pantalón ajeno, cuando desde su mesa, Abe Bernstein dejó oír un seco chasquido en frote ruidoso del dedo medio contra el pulgar.

Lo repitió.

Garfield permaneció inmóvil, esperando.

Bernstein llamó imperativo:

—¡Eh, tú, ven acá!

Garfield siguió mirando el techo como si ignorase que j era a él a quien llamaba Bernstein.

Vio que el gordo servidor de Bernstein, atendiendo a señas de éste, se le aproximaba y deteniéndose ante su mesa gruñó:

—¿No oíste? Te llama el patrón.

—¿Y quién es el patrón?

—El señor Bernstein. Vete allí, a aquella mesa.

Garfield se levantó, simulando contrariedad.

Al aproximarse, supo que era detallado por los penetrantes ojos de Bernstein que, curvando el índice repetidamente, le indicaba que se colocase a un lado de la mesa. Dijo Bernstein:

—Tú eres nuevo aquí.

—Sí, señor.

—¿De dónde vienes?

—De por allá y contornos.

—Prudente, ¿eh? Siéntate, y escucha mi primer aviso. En este bar no quiero rateros.

—Muy bien hecho, señor Bernstein. Los rateros son una plaga en la sociedad bien organizada.

—Chistoso, ¿eh? Te estuve observando mientras intentabas desastrar de su fajo de papiros al provinciano. ¿Sabes lo que hubiese ocurrido si el fulano se da cuenta?

—La buena vida me ha desarrollado músculos en las piernas, señor Bernstein.

—¿De qué me conoces?

—El gordo me dijo que el señor Bernstein me llamaba. Yo, cuando oigo a un fulano como el gordo llamar a alguien, señor, me descubro respetuosamente. Usted debe ser muy señor.

—¿Cuánto supones que habría en la cartera del provinciano?

—Lo bastante para pasarme unos días sin dar golpe.

—Tienes cara de granuja listo.

—Mejorando lo presente, señor Bernstein.

Abe Bernstein crispó el puño derecho. Dominándose, se golpeó la palma zurda varias veces. Preguntó:

—¿Estás fichado?

—A medias.

—¿Por limpiar carteras?

—Por sangrar a uno que le resultaba molesto a otro.

—Ya... Empiezas a interesarme. Tienes más o menos mi talla, y un traje mío no te sentaría mal. Mejor te sentaría aún con un fajín de veinte papiros de a cinco en el bolsillo.

—Un traje así es el que me hace soñar despierto, señor Bernstein.

Abe Bernstein miró fijamente al agente del Grupo Especial MI-16.

—Huele a policía por aquí, amigo.

—Un perfume poco grato. ¿Es usted inspector?

Rió Bernstein.

—Les consta a todos que no soy policía. ¿Conoces al tuerto que ha entrado hace unos minutos?

Miró Garfield hacia la máquina de emparedados ante la cual, el agente Somerset, parecía discutir mentalmente las ventajas de cada columna.

—Este tuerto duerme en mi pocilga.

—Ya. Lleva unos días acechándome. Me da el pálpito que es del S. G. R.

—¿Y eso qué es?

—El Grupo Especial de Represión.

—¿Represión de qué?

—De actividades delictivas.

—Pues no le deben pagar mucho, porque luce todavía j peor que yo.

—Un truco gastado. Tú mismo puedes ser del Grupo.

—Y usted a lo mejor es Fu Manchú.

—Escucha, amigo... Esta tarde, a las seis, en el piso cuatro de este mismo edificio, te esperaré. Ven y tendrás un buen traje con derecho a mil libras en el bolsillo.

—Desde muy chiquitín no creo ya en Papá Noel.

—Tú y yo creo que nos vamos a entender. ¿Cómo te llamas?

—Derek Garfield.

—Puedes ascender de categoría y dejar de ser un ratero, si no te resbalas conmigo. Yo, de tres a cinco y media, estaré aquí jugando a las cartas, bien visible.

Si de tres a cinco y media aquel vagabundo se cae al río, y cuando le saquen está bien ahogado, solamente tienes que preocuparte de que no te pesquen a ti.

—Fíjese en un detalle, patrón. Si soy del S. G. R.,

me pongo de acuerdo con aquel tuerto y le engañamos.

—Engañarme a mí es difícilillo, Derek.

—Anoche, el tuerto me invitó a tabaco. Me habló de un tipo llamado Gunter.

Los ojos de Bernstein se estrecharon en rendija. Murmuró:

—Gunter es un grandísimo cerdo.

—Eso mismo dije yo.

—¿Conoces a Gunter?

—Ayer por la tarde le pegué un palizón.

—Vaya... Me estás interesando mucho, Derek.

—Es que soy alguien importante, aunque lo disimule, patrón.

—¿Sabes quién es Gunter?

—Una vez que me dio por trabajar, transporté carnes al Central. Allí vi a Gunter. Cuando volví a verle, me dijeron que trabajaba para el «cordero» de Joe Tampa, un tal Dudley.

—Sabes mucho, Derek.

—Es que quiero hacerme rico pronto, y creo que estoy a punto de conseguirlo.

—Ya. ¿Y por eso ibas a quitarle el billetero al tratante?

—Para comprarme jabón y ropa.

—Sigue hablándome de Tampa, Dudley y Gunter.

—El vagabundo tuerto me dijo que si yo averiguaba lo que se proponía Gunter habría dinero a repartir. Pero no pensaba yo que a usted podía interesarle también Gunter.

—Mucho. ¿Qué opinas del tuerto?

—Me como el sombrero si no es un policía.

—Líquidalo y ven a verme a las seis. Pero, oye... Si juegas sucio conmigo, vas listo.

—Usted me llamó. Usted me ha ofrecido un traje y mil esterlinas. Poca cosa es para empezar, porque tengo ambiciones. El gordo que venga conmigo.

—¿Adónde?

—Al río.

—¿Para qué?

—Para que sea testigo de cómo me gano las mil y el traje.

—Explícame cómo piensas hacerlo.

—Voy al tuerto y le explico que usted me ha ofrecido dinero para que me lo cargue. Es el mejor sistema para inspirarle confianza.

—Eres muy listo, Derek. No te cargues al tuerto. Sonsácale por qué me acecha. Si lo averiguas, ven a las seis.

—Puedo averiguarlo y cargármelo. ¿Paga doble?

—El tuerto te está viendo hablar conmigo.

—Por esto mismo. Ahora le diré que usted me ha ofrecido mil

para quitarlo de en medio. Le sugeriré al tuerto que se esconda, y que así yo le engaño a usted, y podremos él y yo sacar buenas tajadas. El, consiguiendo pruebas para la policía, y yo, billetes de Banco.

—Vales, Derek. Sigue.

—El tuerto se esconde, confiando en mí, y cuando convenga, lo suprimimos. Y usted bendecirá el momento en que me llamó.

—Puede que sí, puede que no. Vete. A las seis te espero.

Levantóse Garfield, dirigiéndose al sitio donde Somerset bebía melancólicamente un vaso de cerveza floja.

—Te ha oído, Somerset. No sirve de nada que le vigiles. Tengo otro plan que ahora te expondré. Creo que Bernstein desconfía de mí, pero sabré convencerle. Vámonos.

Salieron los dos agentes.

Abe Bernstein señaló al gordo su propia mesa, en cuyo cristal había apoyado las manos Garfield.

—Saca este trozo con las yemas. Mándalas a Calvert. Necesito saber a quién pertenecen las yemas de ese vagabundo tan listo que dice llamarse Derek Garfield.

En el laboratorio de la Sección Especial del MI-16, el agente Calvert tecleó en la computadora de fichas.

Los mecanismos fueron engranando y arrojaron en la bandeja una cartulina idéntica en sus impresiones digitales a las huellas dejadas por el supuesto vagabundo en un pedazo de cristal.

La cartulina reseñaba los datos de Derek Garfield, agente del S. G. R.

CAPÍTULO V

A las cinco de la tarde, al abandonar el laboratorio, el agente Calvert entró en una cafetería. Desde la cabina telefónica efectuó la llamada convenida con el gordo auxiliar de Bernstein.

—¿Eres tú, Fat?

—¿Quién va a ser si no?

—Ven a recogerlo donde sabes.

A las seis menos veinte, Fat regresaba al piso donde Abe Bernstein cogiendo un sobre, lo abrió para leer lo mecanografiada por el agente Calvert:

«Huellas remitidas para examen, pertenecen al agente Garfield, Derek, del S. G. R.».

Abe Bernstein aplicó la llama de su mechero al sobre y su contenido. Sonreía como divertido.

—¿Quién era el fulano, patrón? —preguntó Fat.

—Derek Garfield quiere jugar conmigo, y yo voy a jugar con él y con todos sus colegas. Atiende, Fat... Le vamos a tratar bien, como a uno de los nuestros.

—¿Y por qué?

—Nos conviene tenerle metido en el saco, sin apretar la cuerda, hasta que no llegue el momento oportuno. Seguro que anda tras los pasos de Joe Tampa. Lo que averigüe él, trabajo de menos para mí. Es un tipo listo. Por un momento, llegué a creerle apto para enrolarle en la Mafia. No se puede tener confianza ni en la propia sombra.

—En mí, sí, patrón.

—De un momento a otro llegará Garfield y veremos qué nueva historia se trae.

—¿Aviso a los jamaquinos, patrón?

—Todavía es pronto. La baraja se presenta bien. El agente Garfield habrá convencido al agente tuerto para que desaparezca. El agente Garfield estará seguro de ganarse mi confianza, y así el

S. G. R.,

sabedor de que Garfield está a mi lado, espiándome, me dejará en paz. La baraja se presenta bien.

—El caso es que el

S. G. R.

te vigila, patrón.

—Hace ya años.

—Y Joe Tampa puede olerse que intentas pisarle el terreno.

—Joe Tampa y el

S. G. R.

reunidos son poca cosa para mí.

Ojeó Bernstein su reloj. Faltaban minutos para las seis.

—Tengo ya ansiedad por saber qué nueva historieta se ha inventado el agente Derek Garfield. Esta clase de vida es estupenda, Fat. Es la caza del hombre con engaño y reclamo. Vete abajo. Y recuerda... Has de portarte con naturalidad con Garfield, para que se sienta uno de los nuestros y así pueda yo trabajar ante las mismas barbas del

S. G. R.,

ayudado por uno de sus propios agentes.

—Ojo, patrón, que no vaya Garfield a pillar alguna prueba contra ti.

Con rapidez asestó Bernstein un manotazo en revés contra el costado del gordo Fat que, retrocediendo, pálido, murmuró:

Era por tu bien, patrón. No me gusta el

S. G. R.

Largo, Fat. Espera abajo. Y no se te vuelva a ocurrir darme consejos a mí.

A solas, apoyado contra las cristaleras, contempló Bernstein el atardecer de primavera sobre la populosa ciudad.

Para él la vida era como una partida de ajedrez, donde todos

eran peones. Le gustaban los peones con talento. Era una lástima que Derek Garfield perteneciese al
S. G. R.
La partida terminaría en jaque mate.

* * *

En la acera del Pigeon caminó Garfield rápidamente hasta quedar fuera de la vista del interior.

Explicó:

—Sigue hasta el cruce de Paddington con el Parque. Espérame.

Alejóse Somerset, y Garfield, quitándose el sombrero, aplicó la cara en la rendija del engranaje del toldo de la terraza.

Quería saber si Bernstein le hacía seguir por alguien.

Vio a Bernstein señalándole al gordo su mesa.

Silbó Garfield entre dientes al observar que el gordo, con el diamante de su anillo, cortaba una sección del cristal de la mesa.

Precisamente la sección donde poco antes él había apoyado las manos como un novato.

Corrió hasta alcanzar a Somerset.

—¿Viste al gordo que rondaba por donde estaba yo con Bernstein? Medio calvo, vestido de azul, camisa a cuadros.

—Sí. Era más que visible.

—Está cortando un cristal donde apoyé las manos. Coge aquel taxi, y síguele adonde vaya. Si quiere obtener mis huellas, es necesario que sepamos a quién se las da.

—¿Se lo impido?

—No, no. Te limitas a saber adónde va y a quién le da mis huellas. Te espero en la ribera junto al puente Lime, en los pontones. Y sobre todo, que no te vea el gordo.

Ante la tardanza de Somerset, empezó Garfield a temer que le hubiera sucedido algo.

Por fin llegó Somerset, sentándose a su lado.

—Ya saben que eres del

S. G. R.

El gordo le entregó tus huellas a Mark Calvert.

—Bueno. Conviene que Calvert siga funcionando por partida doble, hasta que llegue el momento de inutilizarle. No hay que

poner ahora sobre aviso a Bernstein. Éste se ha dado cuenta de que le vigilas. Me ha ofrecido dinero para sonsacarte y quitarte de en medio.

He propuesto que te escondas. Yo haré tu trabajo.

—Pero ahora Bernstein ya sabe...

—Déjalo de mi cuenta.

—Te puede dar la bienvenida a cuchillazos.

No lo hará antes de escucharme.

Cuidado con Bernstein, que es de alivio.

—Caerá. Lo único que se necesita es paciencia y suerte. Ambas cosas las tengo. Ahora tú desapareces. Métete en un hoyo, pero no aparezcas hasta que yo te avise comunicando al enlace de la centralilla, al cual le dirás dónde te escondes. ¿Está claro?

—Completamente oscuro, Garfield. Nosotros vamos tras unos, que a su vez se vigilan entre sí, para preparar algo que no tenemos la menor idea. Esto no es seguir una pista, sino tratar de cazar a unos pandilleros espectrales...

—¿Por qué espectrales? Todos son de carne y hueso.

—Pero nada de lo que hacen es palpable y...

Un policía uniformado tocó con su porra en el hombro a Garfield, que alzó la cabeza.

El *bobby* anunció secamente:

—Prohibido estacionarse aquí. Circulen.

Levantándose, sonrió Garfield:

—Circula, compadre. Circulemos. Una pregunta, guardia. ¿Por qué no podemos tomar el sol aquí los que no podemos ir a las playas del sur?

—Circulen, circulen —repitió el guardia, ondeando su porra.

Los dos supuestos vagabundos se alejaron del embarcadero, dirigiéndose a las escaleras de acceso a la avenida ribereña.

—Lo que es la fachada, Somerset... El guardia creyó que esperábamos la oscuridad para intentar robar fardos de los almacenes. Todo es apariencia, chico. Un buen traje y te saludan.

Por la avenida, un coche que venía tras ellos frenó. Ambos no se dieron cuenta y siguieron caminando hacia el Parque Lime.

Del coche se apeó Gunter y torcida la boca informó al del volante:

—Aquel pelanas es el que ayer nos espiaba a mí y a Dudley. Va

al parque, Alfred.

—¿Qué piensas hacer?

—Invitarle a que suba con nosotros. Éste me las paga. Cuando me veas arrimarme, les cierras.

Corriendo dobló Gunter la esquina.

Vio a los dos vagabundos a unos cincuenta pasos, camino del parque. Apresuró el paso. El coche guiado por su compañero Alfred apareció por el otro extremo, avanzando lentamente, bordeando la acera.

Transitaba gente por las aceras. Alfred frenó, deteniendo el coche. Sacando la cabeza por la ventanilla, llamó:

—¡Psst! Sí, vosotros dos.

Somerset y Garfield se aproximaron.

Sonriendo ampliamente, ofreció Alfred:

—¿Quieren ganarse diez chelines?

—Depende —replicó Garfield.

—Es un bromazo a un amigo. Suban uno atrás y el otro a mi lado. No hay más que hacer, y cobrarán diez chelines por barba.

Gunter completó el cierre, deteniéndose tras ellos dos. Aplicando alternativamente contra la espalda de cada uno su bolsillo, empujando con la pistola dentro.

Subid. Tú atrás, tío listo. Alfred, invita al otro. Sin titubeos.

—Pasa gente, Gunter —insinuó Garfield.

—Sube o te achicharro.

Alfred abrió con fuerza la portezuela, que chocó contra Somerset.

El filo metálico se incrustó hondamente en la frente del agente, que se tambaleó. Empujado en sentido contrario por Gunter, fue a caer Somerset en el asiento delantero.

Cerró aprisa Alfred.

Gunter mantenía su bolsillo contra la espalda de Garfield, que subió. Todo transcurrió en segundos. El coche arrancaba ya.

En el asiento posterior, Gunter mantenía hincada la pistola en el costado de Garfield.

—Aprisa, Alfred, hacia la salida norte.

Mirando por el retrovisor, masculló Alfred:

—Ese pelanas ha muerto. La puerta le cascó los sesos.

Garfield crispó los puños.

Somerset había muerto neciamente, rota la frente por el impacto de una portezuela brutalmente empujada.

El coche corría ahora por la carretera de los muelles hacia el norte, dominando hangares y depósitos.

Saltó Garfield hacia adelante y revolviéndose hincó el codo en el cuello de Gunter.

Forcejearon ambos, mientras Alfred, mirando por el retrovisor, y conduciendo con una sola mano, se llevaba la otra al sobaco.

La rodilla de Garfield golpeaba sañudamente el estómago de Gunter, atenazándole la muñeca armada.

Gunter se defendía con feroz desesperación. Alfred frenó bruscamente. En largo revés, el puño izquierdo de Garfield chocó contra el rostro de Alfred.

El coche subió sobre la acera desierta. Gritó Alfred a la vez que, medio aturrido, trataba de recuperar el dominio del volante.

Gunter, sin sentido, cayó a un costado. De su mano cogió Garfield la pistola, cuyo contenido descargó contra Alfred.

El coche dio un patinazo sobre sus ruedas posteriores, embistiendo la valla, con estrépito que se confundió con la descarga.

Soltó Garfield la pistola, abriendo la portezuela y saltando.

Mientras rodaba por la acera, el coche, proyectado hacia adelante, surcaba el espacio.

Dio dos vueltas sobre sí mismo, estrellándose contra el techo de un cobertizo. Rebotó, soltando fragmentos de carrocería, para convertirse en un montón de chatarra retorcida contra el empedrado delante del cobertizo.

Mareado, corrió Garfield tambaleante hacia la acera opuesta.

Varios coches que acudían en dirección distinta habían visto lo que parecía un accidente. Se detuvieron con chirriantes frenazos.

Un transeúnte señaló hacia Garfield que, corriendo aceleradamente, se perdió entre las canteras opuestas a la ribera del río.

Poco después llegaba al cruce de dos carreteras, donde estacionaban un coche patrulla y dos motoristas.

El coche patrulla estaba ya recibiendo la señal de alarma.

La radio gangueaba:

—«¡Atención, coche 12! ¡Atención, coche 12!...».

Garfield corrió hacia el coche, cuya receptora anunciaba:

—«Milla siete, hangar nueve, frente a las canteras Essex, coche despeñado con tres tripulantes...».

Gritó Garfield:

—¡Servicio del

S. G. R.!

¡Que vayan allá los dos motoristas! Es urgente que me transporten a la Central. En el coche iba un compañero mío.

Los dos motoristas partieron, mientras el coche patrulla enfilaba hacia Londres.

Minutos después explicaba Garfield todo lo sucedido.

La radio fue emitiendo un comunicado especial cada media hora.

Solicitaba la busca y captura de un vagabundo.

Daba su detallada descripción, así como la del coche en que habían hallado la muerte tres hombres que estaban siendo identificados.

CAPÍTULO VI

A las seis en punto, Abe Bernstein abrió la puerta. Entró Garfield.

—Puntual, Derek.

—Han muerto Gunter, el agente tuerto y un tal Alfred, desconocido para mí.

—Alfred es... era el chófer de Dudley.

—Los tres se despeñaron por los hangares de la cantera Essex.

—Vaya una lástima, hombre. Para sus apenados deudos, claro.

—Me vendría bien un baño.

—Allí tienes el baño y todo lo complementario.

—Mande al gordo al depósito. Al gordo o quien sea. Los tres están en la cámara de identificación de la Central. Quien quiera puede pasar a ver si les reconoce.

—¿Sí? Vaya... Veremos a ver.

Cogió Bernstein el teléfono, comunicando con el bar de la planta baja.

—Llamen a Fat.

Aguardó unos instantes, mientras Garfield se quitaba la americana.

Habló Bernstein incisivamente:

—Fat, envía al chico al depósito de la Central. Que compruebe si en las frigoríficas están el tuerto, Gunter y Alfred. Telefonea cuando el chico te haya dado su comunicado.

Colgó.

—¿Cómo fue la cosa, Derek?

—Mientras me afeito, podemos charlar.

—De acuerdo.

Le precedió al cuarto de baño, suntuoso, con estanterías provistas de lociones, cremas de afeitar, maquinillas eléctricas,

colonias y masajes.

Junto a la grifería del baño, varios huecos contenían cepillos, jabones, sales aromáticas y esponjas.

Eligió Garfield una maquinilla «*Gillette*».

—Gunter apareció con el coche. Nos vimos obligados a subir el agente del

S. G. R.

Somerset y yo.

—Entonces, ¿el tuerto era agente del

S. G. R.?

—Era... Gunter quiso balearme, pero logré arrebatarme la herramienta y al descargarla contra Alfred, el coche perdió su conductor. Salté. El cacharro fue a estrellarse, y hay tres incordiantes menos.

—Vaya... Te has ganado dos trajes y dos mil libras esterlinas. Pero ahora el

S. G. R.

me endilgará otro sabueso tras mis fondillos.

—No...

—¿Por qué?

Enjabonándose el rostro, replicó Garfield:

—Un golpe preparado con tanto misterio por Joe Tampa por medio de Dudley, y espiado por ti, Bernstein, tiene que ser un asunto de muchos millones. Yo me gano un sueldo de mil doscientas al mes, y ya me he cansado.

¿De qué?

—De no salir de medio pobre. Somerset tenía por misión pescarte. Yo debía pescar a los de Tampa, averiguando qué es lo que se proponen. Ha intervenido un factor con el que no contaba. Mi propósito era engatusarte, Bernstein. Pero ahora que Somerset ha muerto y que el

S. G. R.

supone que me he ganado tu confianza, ha llegado mi ocasión. La gran ocasión que he esperado durante cinco años. Soy el agente... Bueno, era el agente Garfield, del Grupo Especial de Represión del MI-16.

—Acerté cuando dije que tú ibas a resultar un tipo muy interesante. Te escucho con suma atención, agente Gardfiel.

—Un coche patrulla me llevó a la Central. Argumenté que ahora podría argumentar ante ti que le había dado muerte al agente Somerset, con lo cual tú picarías el anzuelo.

Tienen plena confianza en mí.

—¿Qué más has de aclararme?

—Ayer, sabiendo que Dudley iba a visitar a un piloto aviador llamado Bertram Anderson, estuve rondando. Anderson me ha ofrecido trabajo, y a las siete tengo que verle.

—Más que nunca interesante tu participación, Derek. Si no he oído mal, me ofreces trabajar conmigo, traicionando al

S. G. R.

Después, intentarás embucharte en la pandilla de Joe Tampa, para traicionarle. ¿Y a quién demonios le vas tú a ser fiel?

—A mí mismo. Y por rechazo, a ti. Quiero hacerme rico pronto. Si no fuera así, ¿a santo de qué te habría yo revelado que soy del S. G. R.?

—Un modo inteligente de acabar de embaucarme.

—Con guardar la boca cerrada, me bastaba esperar a que el gordo te dijese que fueron vistos de cuerpo presente los cadáveres de Somerset, Gunter y Alfred. Entonces, por ti mismo, me habrías cogido confianza.

—Es posible. Pero no infalible.

—Considero muy natural que sospeches de mí. En el S. G. R. suelen haber pocos traidores.

—Tenéis muy arraigado esto que llaman decencia, sentido del deber, lucha contra el imperio del mal y demás monsergas románticas.

Garfield hundió el rostro en el lavabo, dándose una ducha facial alternativa de chorros helados y ardientes.

Acabó de desnudarse, y sin replicar pasó al compartimiento de cristales de la ducha escocesa.

Abe Bernstein meditaba.

Era muy posible que aquel agente, adivinando que debía ser de gran envergadura el misterioso asunto planeado por Joe Tampa, hubiese decidido enriquecerse.

Garfield salió frotándose con amplia toalla esponjosa.

—Tienes fama de inteligente, Bernstein.

—Hasta conocerte me he supuesto inteligente.

—Gracias.

—No hay de qué. Has logrado desconcertarme. ¿Me estás engatusando de nuevo? ¿Piensas de veras traicionar al S. G. R.?

¿Vas a traicionarme a mí? Son muchas interrogantes.

Voy a aclarártelas. Hace apenas una hora, Somerset era un hombre joven, fuerte, repleto de vitalidad. Ganaba unas ochocientas libras al mes. Y se jugaba la piel a diario.

Chasqueó en el aire el dedo medio contra el pulgar.

—Quedó reducido a eso. Un soplo de aire. Con una muerte casi grotesca. Un choque de portezuela de coche que coincidió con la parte blanda de su frente. Y adiós... ¿Por qué y para qué?

—Creía que lo habías suprimido tú.

—No. Fue Alfred quien le estrelló la puerta.

—Pareces sincero, Derek. Si no me estás engañando, ¿qué interés y preferencia tienes en trabajar conmigo?

—Eres de la Mafia.

—¿Y qué es esto de la Mafia? —sonrió Bernstein sarcástico.

—Cosa Nostra, Mano Negra, Sindicato del Crimen...

—Todo historietas para nenes, Derek.

—Ya, ya... Como las del Ku-Klux-Klan y otras sociedades por el estilo. Tú, en un instante, puedes disponer de un centenar de buenos pistoleros. Has ido reclutando gente de comprobada dureza. Prefiero pactar contigo que tratar de arreglarme con Tampa.

Señaló Bernstein un armario.

—Ropa interior, camisas, calcetines, corbatas... y elige el traje que más te guste. Tienes mi talla y envergadura. Sigue hablándome del piloto aviador.

—Dudley le ha hecho una oferta. ¿Qué clase de oferta? Lo sabré, porque Bertram Anderson me ha cogido aprecio. Ahora iré a visitarle. Seguramente me dará trabajo. Su hermana es una de estas chicas soñadoras que pretenden regenerar a los que creen balas perdidas.

—Supongamos que gracias a Anderson entras en contacto con Tampa y Dudley. ¿Te olvidas ya que te has cargado a Gunter?

—Lo sabemos solamente tú y yo. Nadie más. Además, el riesgo me gusta.

—Te comprendo. Creo que a nosotros, más que el cochino

dinero sabroso nos atrae el riesgo. Resulta extraño, pero te estoy cogiendo aprecio. ¡Y pensar que hace unas horas estaba meditando en la conveniencia de enviarte a los tres jamaquinos!

—¿Quiénes son?

—Tres nativos de Kingston, sin rival para hacer hablar al más silencioso y liquidar con arte.

Se ajustó Garfield la corbata. El traje de tergal gris le sentaba a la perfección.

—Has dado un gran cambiazo, Derek. Estás hecho un *dandy*.

—Percha que tenemos. Vamos a concretar, Bernstein. Para el S. G. R.

te estoy vigilando y a la vez tratando de averiguar lo que se propone Tampa por mediación de su «cordero» Dudley. Cuando lo haya averiguado, tú y los tuyos entraréis en acción. Yo seré el que abra la puerta, porque voy a buscar la llave. El botín, un tercio para mí. ¿Vale?

—Vale. Y escucha, talento... Me llevaría un desengaño si me engatusases porque empiezo a creer que es sincero tu cambio de casaca.

—Los hechos hablarán. Un asunto en el que te interesas, y que ha planeado Tampa, merece mi máxima atención. De ahora en adelante, tal vez no convendría que nos viésemos aquí.

Exacto. Yo te mandaré un enlace inofensivo, al bar del centro que tú mismo designes. Una chica monísima. Ésta es la expresión. Tiene carita de ángel, aunque trabaje en un club nocturno. Colócate este prendedor en la corbata. Hora de entrevista, de siete a ocho. Elige el bar.

—El mismo Old Tavern. Bueno, Bernstein... Ha sido una gran satisfacción para mí el conocerte.

—El tiempo dirá, talento. Suerte, y ojo conmigo.

Garfield se dirigió a la puerta.

—Tu monada de enlace, ¿cómo se llama?

—Nina Valenti.

Abrió Garfield la puerta.

—Te olvidas de algo importante, Derek.

—¿Qué es?

—Los dos mil.

—Nunca cobro por adelantado. Dame un par de cientos. Me

bastarán. Soy un sin trabajo.

Extrajo Bernstein del bolsillo un rollo, del que sacó cuatro billetes de cincuenta. El teléfono tintineó. Con la mano hizo Bernstein señal para que esperase Garfield.

Escuchó la voz de Fat.

—Era cierto, patrón. Y la radio lanza clamores. Tres muertos. Alfred, Gunter y un tal Somerset, el tuerto postizo.

—Bueno. Sube.

Colgando, miró fijamente a Garfield.

—La Mafia no es un cuento para niños, Derek.

—Eso lo sé, Abe.

—Pues nunca lo olvides. Y cuidado con Tampa. Es el bicho peor de todos los bichos de Londres.

Rió suavemente al añadir:

—No sé cómo catalogarte, Derek. ¿Me estás enredando?

—Sería ir contra mis propios intereses y aspirar a suicida, Abe. Nos volveremos a ver cuándo sepa ya lo que se trae entre manos Joe Tampa. Hasta pronto.

Salió Garfield. Poco después, entraba Fat que, ansiosamente, anunció:

—Los tres jamaiquinos están abajo, patrón. ¿Les aviso?

—Todavía no. Garfield me ha revelado que es del Servicio Especial y que al presenciar la estúpida manera de morirse del otro agente se ha arrugado y quiere hacer millones. Es inteligente, endiabladamente listo. Veremos a ver cómo respira. Si juega sucio, sabrá quién soy yo. Llama a Nina y que te diga a qué hora puede verse conmigo. Como es lógico, que no olvide las precauciones de costumbre. Nadie debe verla a ella conmigo. ¡No, no estoy enamorado de Nina, gordo sabihondo! Lárgate.

A solas, Abe Bernstein sacó de un bolsillo una carterita, en uno de cuyos compartimentos transparentes había una foto a todo color.

Un semblante femenino de dulce y poética belleza. El de Nina Valenti.

CAPÍTULO VII

—He firmado un contrato espléndido con Dudley, hermana.

—No me gusta Dudley, Bert.

—Las simpatías personales no tienen nada que ver con los buenos contratos, Telma.

—Pero ¿vas a dejar tu colocación en la compañía?

—No, no. Precisamente lo bueno está en que Dudley me ha sugerido que pida dos meses de licencia. Y si en estos dos meses no me place el trabajo con Dudley, siempre tengo abiertas las puertas de la compañía. Iré en calidad de piloto privado de Dudley. Puedo hacerme acompañar por un ayudante técnico y he pensado en Garfield.

—No debes confiar en Garfield. ¿Qué sabemos de él? Puede ser un peligroso aventurero. No comprendo tu simpatía por él.

—Son cosas que no pueden razonarse. Es como tu antipatía por Dudley. ¿La puedes explicar? Yo, mientras no tenga pruebas en contra, no me dejo influir por sentimientos personales. Garfield es un experto electricista y es decidido. Me basta.

Un taxi se iba acercando hasta detenerse ante la empalizada del jardín. Ambos hermanos miraron al que se apeaba.

Susurró ella:

—Es él, Bert.

—¿Quién?

—Garfield.

—¡Sopla! ¡Vaya elegancia, amigo! —sonrió el piloto, avanzando.

—Buenas tardes. Me prestaron dinero y no quise presentarme mal, sobre todo teniendo en cuenta que a lo mejor empiezo a trabajar. Afeitarse y bañarse es un placer, si no se abusa.

Desapareció ella en el interior de la casa. Instalados en los

sillones de mimbre bajo el porche, expuso Anderson:

—Tengo trabajo para usted, Garfield. Pero no en mi compañía.

—No importa. ¿Dónde?

—Dudley me ha ofrecido empleo de piloto privado. Puedo llevar conmigo un ayudante técnico. Usted es experto en electricidad, y además, creo que es inteligente.

—Gracias. ¿Tan buena es la oferta de Dudley?

—Excelente. Y a prueba. He pedido una licencia de dos meses.

—¿Hace tiempo que conoce a Dudley?

—No. Fue él quien vino a visitarme, y me dijo que siendo yo considerado uno de los mejores pilotos nocturnos con cualquier clase de techo aéreo, y teniendo él que efectuar numerosos viajes de noche, venía a ofrecerme un contrato.

—Comprendo.

—Yo le puedo a mi vez ofrecer y garantizar un sueldo de quinientas semanales y, naturalmente, manutención y alojamiento.

—La gloria. Aceptado y agradecido.

—¿Entiende de aviones?

—Nada.

—Bastará que se ocupe de los circuitos eléctricos, baterías y demás instrumentos de medición que dependan del grupo regenerador. Creo que aprenderá pronto. Hemos de celebrar esto. ¡Telma!

Acudió ella.

—Esta noche vamos a celebrar nuestro contrato. Ponte guapa, que nos iremos a algún club nocturno.

Al marcharse ella, prosiguió Anderson:

—En el contrato hay una cláusula que me exige una constante permanencia en el campo donde tiene Dudley su avión.

—¿Esto va también para el ayudante?

—Sí. Es una medida lógica. El patrón paga bien. Quiere tener siempre al alcance de su repentina llamada a sus conductores.

—¿Dónde vive Dudley?

—Al norte, en Greystone. No es su domicilio, sino el emplazamiento de una de sus factorías. Dudley es un hombre de negocios que abarca muchos asuntos: aceros, pasta para papel, refinería de minerales, conservas...

—Un financiero polifacético. Pero ahora estoy pensando que no

le caeré nada simpático a Dudley.

—¿Por qué?

—No olvide que ayer tarde le aticé a su guardaespaldas. Y allá, en Greystone, si me tropiezo con Gunter, el hombre me hará la vida imposible.

—Afeitado y tal como luce ahora, no le reconocerá ni el propio Gunter. Se lo aseguro.

Tiene ahora un aspecto muy distinto al vagabundo de ayer.

—Pero mi nombre... Y me sabría mal perder este trabajo.

—Bien. Entonces, aproveche su segundo nombre y su segundo apellido.

—Alex Dalton. ¿A qué club iremos?

—Al Corsair. Buena música, espléndidas animadoras...

—¿Animadoras?

—Muchachas que acuden a alternar, sin ser profesionales. Se cena bien, ya que el cocinero en jefe es francés.

Telma Anderson acudió precipitadamente. Temblorosa y excitada:

—¿No han oído el último noticiario de la tele?

—No. ¿Qué pasa, Telma?

—Han encontrado asesinados a Gunter y al chófer de Dudley. Están buscando a un vagabundo que saltó del coche. Derek Garfield se levantó, ceñudo.

—¿Por qué me está mirando así, Telma? Ayer peleé con Gunter, pero no soy ningún asesino.

—No seas necia, chica —dijo Anderson, enfadado—. Ya sabes que Dudley temía el ataque de pandilleros. Atacaron su coche, y eso es todo. Discúlpela, Derek.

Corrigió Garfield:

—Alex Dalton, por favor. Bien, si quiere saber dónde estuve esta tarde, para tranquilizarla, puedo ofrecerle la mejor de las coartadas. Baños turcos, el sastre, tiendas...

—No le acusé. Yo solamente les anuncié la noticia.

—Te falta cordialidad, Telma. No sé por qué le tienes ojeriza a Alex Dalton.

—¿Alex Dalton?

—Mis segundos nombre y apellido, a efectos de mi trabajo, para no incurrir en las iras de Dudley.

Levantándose dijo Anderson:

—Nos vamos al Corsair. Voy a sacar el coche.

A solas, murmuró ella:

—Excúseme. Fue un impulso tonto. Como ayer habían peleado, y mencionaban ahora un vagabundo, sin querer pensé en usted.

—Olvidado, Telma. Es comprensible esto que llama usted su impulso. Tonto o no, tenía justificación.

* * *

Uno de los concurrentes del Pigeon interpelló:

—¡Eh, Fat! Te llaman al teléfono.

El obeso secretario de Bernstein entró en la cabina.

—¿Quién?

—Avisa al jefe. Dile que hay una complicación. Estoy en el Corsair. Que vea el modo de comunicarse conmigo.

Fat subió al piso de Bernstein.

—Acaban de telefonar desde el Corsair, patrón. Por la voz me pareció el fulano de esta tarde. Dice que hay una complicación, y que veas el modo de comunicarte con él.

—Conque el Corsair, ¿eh? Mira qué bien... ¿Y qué pasa con Nina? La sigo esperando.

—Acaban de notificarme que no puede venir. Que tiene miedo, porque se siente vigilada, y no sabe por quién.

—Bueno. Vamos al Corsair. Mataré dos pájaros de un mismo tiro. Avisa a los jamaikininos.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué elegiste el Corsair? —quiso saber Telma.

—Es un local tranquilo, buena música, excelente cocina...

—Y unas animadoras fenomenales —remató Garfield.

Comprobaba que Anderson contemplaba con embeleso a una muchacha que a su maravillosa anatomía, añadía la dulzura de un semblante aniñado, de maliciosa inocencia. También Telma lo había notado y comentó:

—Es bonita, Bert.

—¿Quién?

—La que te tiene alucinado cuando coge el micro y canturrea baladas tiernísimas.

—Bueno... Resulta que es una chica que conocí hace unas semanas. Nina es preciosa, ¿verdad?

—Un nombre muy suave.

—Nina Valenti es italiana.

Garfield meditó en la doble coincidencia peligrosa. Anderson conociendo a la enlace de Bernstein, con la cual tenía que conectar.

La vio alejarse por un pasillo que conducía a los camerinos.

Nina Valenti, avanzando decidida, se detuvo sobresaltada.

No podía evitar un cierto temor cada vez que veía a Abe Bernstein. Sin embargo, sentíase fascinada, casi atraída, por aquel extraño individuo de rostro huesudo, espectralmente parecido al de una calavera que en vez de inspirar horror, suscitase morbosa atracción.

—Hola, Nina. ¿Por qué no acudiste?

—Esta noche no estaba libre, Abe.

—Cuando yo te llamo, vienes volando, ¿estamos, nena? Ahora entablarás contacto con la mesa once. Hay dos fulanos con una

chica. Quiero que el más moreno venga a mi coche que está aparcado atrás. Tú vienes con él.

—¿La mesa once? Conozco al otro. Es un piloto aviador llamado Anderson. Un buen chico. Está enamorado de mí.

—Son muchos los que padecen del mismo mal. Anda. Y vuelve con el otro, que se llama Derek.

Al acercarse Nina Valenti a la mesa once, presentó Anderson a su hermana y a Garfield.

Telma fue invitada a bailar por un amigo de Anderson.

Garfield comentó, levantándose:

—Soy mal bailarín, pero la samba se me da bien.

En la pista especificó ella:

—Usted es Derek, ¿no?

—A ratos. Soy más conocido por Alex Dalton.

—Bernstein quiere verle. Le aguarda en el estacionamiento del patio. Yo tengo que ir con usted.

—Busque una excusa para el aviador. Está enamorado y no quisiera que interpretase mal nuestra ausencia.

—Deme usted la excusa.

—Dígale que un amigo me ha llamado. Después, no le costará nada reunirse con Bernstein y conmigo.

En el estacionamiento, tras el volante del coche, dormitaba Fat. Atrás, preguntó Bernstein:

—¿Qué ocurre?

—El piloto ha sido contratado por Dudley. Me ha ofrecido ser su ayudante, pero ni él ni yo podremos abandonar la factoría de Dudley en Greystone.

—Todo va a pedir de boca. ¿Por qué no está contigo Nina?

—El aviador está loco por ella. No me interesa que me coja una ojeriza celosa. No tardará ella en venir.

—¿Llevas arma?

—No.

—Toma.

De un bolsín lateral extrajo Bernstein una automática de corto cañón y doble cargador.

—Este armatoste no me hará falta para cenar.

—Es que hay jaleo a la vista. Nina dice que la vigilan. Han de ser pandilleros de Tampa, que habrán sabido que ando yo tras ella.

—Mal asunto. Si los pandilleros me han visto con ella, cuando yo me pasee por las propiedades de Dudley pueden reconocirme y se lo chivarán a Tampa.

—No se lo dirán.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Lo sabrás dentro de poco.

—Cuando me acercaba vi en otro coche a tres tipos acechándome.

—Son los hermanos jamaquinos. Mis tres ejecutores privados. Si, como supongo, son pandilleros de Tampa los que vigilan a Nina, esperando que ella sea el reclamo y yo la perdiz, les van a salir las perdigonadas por la culata.

—Ilústrame.

—El truco es sencillo. Subirá Nina, y entonces los gatilleros de Tampa nos seguirán. Les cogeremos entre dos fuegos. El nuestro y el de los hermanos Honyx.

Nina Valenti acudía presurosa. Subió, sentándose entre Bernstein y Garfield.

—Les dije a los Anderson que usted iba a charlar con un amigo, y yo pretexté que la modista me esperaba. ¡Abe, me están espiando! Y no son de la policía.

—No te buscan a ti, sino que esperan cazarme a mí. Y ya me han visto. ¡En marcha, Fat!

El coche se dirigió hacia una de las puertas de salida, dando al callejón posterior.

Gimió ella:

—¡Abe, un coche nos sigue!

Mirando por un retrovisor colocado a su lado, afirmó Bernstein:

—Es precisamente lo que quiero. Van seis fulanos. Conozco al que va junto al del volante. Es uno de los pandilleros de Tampa. Hacia el norte, Fat. Arrodíllate entre nosotros dos, Nina. Y quieta. No te pasará nada.

Encajando en su automática un cargador largo, agregó Bernstein:

—Le enviaré un mensaje a Joe Tampa. Cuando sus pandilleros aparezcan tiesos se dará cuenta que para meterme mano son necesarios sistemas menos primitivos.

El coche iba acelerando progresivamente, bordeando el Támesis,

por la carretera que remontaba hacia Helford.

De vez en cuando, Bernstein miraba hacia atrás.

Arrodillada en la alfombrilla, Nina Valenti temblaba espasmódicamente. La carretera iba ya espaciando en edificaciones.

—Pisa más, Fat. Se están aproximando.

Apoyados los antebrazos en el centro del asiento, inclinada la cabeza, murmuró ella:

—Conocerte fue mi perdición, Abe. Ahora... si sobrevivo, estaré ya marcada...

—No te inquietes. Estaremos una temporada en un buen refugio, hasta que liquide yo la pandilla de Tampa. El coche está blindado. Colócate más a la izquierda, Derek.

—Para Dudley me llamaré Alex Dalton. Lo convine así con el aviador.

—Conformes. ¡Vira a la izquierda, Fat!

El coche describió un repentino semiarco, penetrando en la secundaria. Solamente se divisaban granjas aisladas.

Un resplandor de faros fue aumentando a un centenar de metros a retaguardia.

Bernstein se arrodilló en el asiento, dando la espalda a Fat.

—Quita gas, Fat. Tú, Derek, vigila tu costado. A media altura. Es fácil. A media altura.

Atrás, el coche en que iban los seis pandilleros de Tampa, aceleró. Por una ventanilla surgió el apagallamas de una metralleta.

Fue bajando el cañón, rasando, enfilando hacia los neumáticos.

Tableteó la ametralladora y la ráfaga fue rebotando primero en el suelo, repicó en certero progreso y se hincó en los neumáticos posteriores.

Aunque esperaba esta maniobra, Fat demostró ser un buen conductor.

Imprimió leves giros al volante, y el coche, en zigzag, fue derrapando a uno y otro lado de la carretera.

—¡Abajo! ¡Quédate dentro, Nina!

El coche se inmovilizó en el talud de la derecha. Atravesando la carretera en veloz carrerilla, Bernstein, Garfield y Fat penetraron en el espesor de la vegetación.

Como una centella pasó el coche ocupado por los pandilleros de Tampa.

Una andanada, en descarga nutrida, barrió césped, brezales, troncos y arbustos, por entre los que se agazapaban los tres.

En el coche blindado, Nina Valenti se había desmayado.

Oyéronse los chirridos del viraje cerrado del coche, que emprendía el retorno en sentido contrario.

Anunció Bernstein:

—Cuidado. El coche hizo una breve parada. Habrán saltado algunos para sorprendernos por la retaguardia.

Tranquilo, casi alegre, era evidente que disfrutaba con el peligro. Fat, tendido en el suelo, sudaba copiosamente.

Corrió Garfield hacia su izquierda, por donde posiblemente se acercarían los que habían bajado del coche perseguidor.

Y súbitamente, en la carretera apareció el coche conducido por uno de los tres hermanos Honyx.

Pareció que embestía al que venía en sentido contrario.

Durante unos minutos solamente se oyeron los petardeos del tiroteo.

Cogidos entre un fogueo lateral y otro de frente, los ocupantes del coche pretendieron salir. Eran cuatro.

Fueron dando grotescas contorsiones, acribillados.

En pie ya, corría Bernstein hacia donde estaba Garfield, que apuntaba hacia uno de los dos que se aproximaban cautelosamente.

No llegó a disparar.

Los dos pandilleros se retorcieron en brascas sacudidas, taladrados por la ráfaga lateral gatilleada por Bernstein.

El fragor y la humareda fueron disipándose.

Un repentino silencio invadió la carretera, donde el coche de los pandilleros de Tampa aparecía volcado sobre un costado.

Interpeló Bernstein:

—¡Eh, Fat! Que te ayuden los hermanos Honyx a cambiar los neumáticos. Tengo prisa.

—Buena faena. Seis menos —comentó Garfield.

—Joe Tampa sabrá así que no soy un canelo. A desconfiado le llevo yo mucha ventaja.

—Pero él te lleva otra ventaja.

—¿Cuál?

—Prepara un gran golpe que tú ignoras.

—Ya lo averiguarás tú. A propósito, ¿sabes Morse?

—Sí, porque el alfabeto telegráfico siempre me inspiró curiosidad.

—Pues entonces... ¿Qué pasa ahora, Fat?

El gordo acudía resollando.

—Un Honyx. Muerto.

—Gajes del juego. No conviene que la policía vea un mestizo muerto junto a los fiambres de los otros pandilleros. Que se lo lleven al río. Cuídate de que le pongan pesos bien amarrados al cuello y tobillos.

Estaban ya en la carretera. Uno de los mestizos Honyx, alto, de rostro casi bondadoso, lloraba silenciosamente.

—Lo siento, Rick. Gajes del juego. Pero murió bravamente.

El mestizo asintió en lenta cabezada. El otro ayudaba a Fat a cambiar una rueda, y la goma de la otra.

En el talud, sentada, Nina Valenti, recobrada de su desmayo, apoyaba la cabeza en sus brazos cruzados sobre las rodillas.

CAPÍTULO IX

Aproximándose, acarició Bernstein la mejilla de la italiana.

—No pasó nada por lo que valga la pena que te atormentes, Nina. Volverás ahora al Corsair y a medianoche irá Fat a recogerte. Entra en el coche, que aquí puedes coger frío.

Tenía don de mando, pensó Garfield. Una voz afectuosa y a la vez inexorable. Daba la impresión de que tanto le importaba matar como acariciar. En otros tiempos hubiera sido un gran *condottiero*.

En el asiento delantero del coche, bajo la luz, Bernstein tendió a Garfield un bolígrafo y el dorso blanco de un mapa doblado.

—Escribe el Morse. Quiero ver si lo dominas.

Garfield fue anotando rápidamente en varias columnas:

A: . — G:D: —.

B: —.. H:E:..,

C: —. -I:E: .. —.

D: —

E: .. —.

F: .. —

G: .. —

H: .. — —

I: .. — —

—Bien. Lo dominas. Tengo mi propio método que consiste en adaptar números. Es decir, la raya por el número uno y el punto por el número dos. El mensaje lo mandas en forma de una suma, pero tiene un riesgo. La repetición del uno y del dos origina sospechas.

En la carretera, Fat arrastraba, ayudado por un mestizo, a dos cadáveres de pistoleros, para echarlos dentro del coche de ellos.

Asomó Bernstein la cabeza:

—¡Eh, Fat!

El gordo acudió corriendo.

—Rocías el coche con gasolina y le prendes fuego cuando te avise.

Volvió a marcharse Fat.

Reanudó Bernstein su explicación:

—Hay otro empleo mejor del Morse. Me lo he inventado y tardarían en descifrarlo. Es sencillo, como todo lo original. Dando valores convencionales a las rayas y puntos, según su número. Toma nota.

Dictó Bernstein:

—Un punto equivale a la A. Dos, la E. Tres, la I. Cuatro, la O. Cinco, la U. Una raya, la B.

Dos, la C. Tres, la D. Cuatro, la F, y así sucesivamente. A ver si lo has entendido.

—Creo que sí. Por ejemplo, la c en Morse es raya, punto, raya, punto. Como una raya, según tu criptograma, vale por B, y un punto por A, si yo escribo BABA lo que tú leerás es la letra C.

—Magnífico. Escribe, pues, según este código nuestro, la siguiente frase: «Traición. Muerte segura». Comenzó a escribir:

«B ABA AB E BABA E D BA C EB A ABA B A I A CA EB ABA AB».

—Magnífico. Eres veloz de entendederas, Alex Dalton.

Unos puños diminutos empezaron a golpear los hombros de Bernstein. Tras él, Nina Valenti chillaba histéricamente:

—¡Asesinos! Siete muertos, fuego, gasolina, sangre... Y vosotros jugando a escribir letras... ¡Asesinos! Volviéndose, cogió Bernstein las muñecas femeninas. —Calma, nena. Tienes los nervios, como es natural, algo desquiciados. Pero no somos asesinos.

—¿Ah, no...?

—Ellos eran pandilleros que querían despacharme. En toda guerra, el que se defiende no es un asesino. Y la guerra entre los pandilleros es menos idiota que las guerras entre naciones, cuyos nativos ni se conocen siquiera, y por tanto no tienen motivo para escabecharse, salvo invasión.

Sin querer, inconscientemente, asintió Garfield.

La voz persuasiva de Bernstein proseguía:

—Siéntate tranquila, nena, llora cuanto quieras y reza por los

que murieron. Eran muchachos como yo. Poco conformistas y amantes de la vida peligrosa. Tampoco yo moriré en la cama, ni tampoco Alex Dalton, alias Derek, verá jugar a ningún hijo suyo.

Calma, Nina. Nos casaremos y viviremos estupendamente en otro país.

Sentóse ella, calmada, sollozando mansamente.

Continuó Bernstein:

—La cosa quedó clara, Alex. Cuando sepas algo, escribe, cuidando de separar bien las mayúsculas que componen cada letra.

—¿Y cómo te mando el mensaje? No puedo salir.

—De niño cazaría alguna vez gorrones con un tirador, ¿no?

—Es posible.

—Un tirador es fácil de hacer y de descomponer. Un simple palo en horquilla y una goma fuerte. Escribes lo que vayas averiguando. Y fíjate bien... La factoría de Dudley en Greystone es una conservera de pescado, al borde del río Yare. La conozco. Últimamente, todo cuanto hacía Dudley me interesaba. Creo que Tampa está en Greystone. Ya lo verás.

—¿Qué hago con el tirachinas?

—Metes lo escrito envuelto en una piedra, atado, para que el papel no vuele. Te limitas a tirar la piedra flojamente hacia el lugar donde en tu primer día de estancia allá, veas rebrillar por tres veces un espejo entre las once y el mediodía.

—Hay una pega.

—Veamos.

—¿Y si no hay sol?

—Piensas en todo, talento.

—Para eso me pagaban en el

S. G. R.

—Concretemos. Al este de la factoría de Dudley, en la parte opuesta al río. Exactamente en ángulo recto al este. ¡Eh, Fat! ¡Dale al mechero! Nos vamos. Deja de llorar, Nina.

Para prender fuego al coche conteniendo los pandilleros acribillados, Fat arrojó desde lejos una torcida de trapo empapado en gasolina encendida.

Una brusca llamarada brotó del coche rociado de combustible.

Nina Valenti escondió el rostro entre las manos.

El coche con los dos jamaquinos llevándose el cadáver de su

hermano se alejó a una señal de Bernstein.

—Sube atrás, Fat.

Condujo lentamente.

—Esta carretera es magnífica. La emplean demasiado a partir de la madrugada, pero a esta hora no es transitada. Hay que estar en todo.

—No te falta ni un detalle. Abe.

—Hasta hoy, no. Veremos qué pasa contigo. Todavía estoy receloso.

—Comprenderás que no quiero tener a toda la Mafia persiguiéndome. Tenéis demasiados tentáculos.

—Sí, muchos. Como un pulpo cubriendo casi el mundo entero. Conmigo, vas bien. Contra mí, irás de cabeza al infierno.

—Busco el paraíso.

—¿Y qué es para ti el paraíso?

—Una chica como Telma Anderson, y unos milloneros. Una casa junto al mar, otra en la montaña. Un buen coche, una lancha, y el mundo es mío. Inviernos en la Costa Azul, veranos por las montañas suizas.

—Buen plan. Pero olvidas un ligero detalle, amigo.

—El

S. G. R.

—Exacto. No descansarán hasta atraparte. Son como yo. No perdonan a los traidores.

—Existen cirujanos faciales, Abe.

—Piensas en todo, talento. Pero no te cambies la cara antes de repartir conmigo. Daría con tu rostro y tu rastro igualmente.

—Contigo jugaré limpio.

—Acaricio esta ilusión. Así sea.

El coche aceleraba, ya en la principal.

—A medianoche pasará Fat a buscarte, Nina. Domina bien los nervios y aquí no ha pasado nada.

Agrandados los ojos en fijeza obsesiva por los recientes sucesos que habían marcado ya su vida con una estela de pavor, dijo ella:

—Tampa y Dudley sabrán que sus pandilleros han muerto, Abe.

—Tardarán en ser identificados los restos, aunque lógicamente Tampa deducirá que fui yo quien eliminé a sus enviados. Tú, Derek, cuando te pongas en camino hacia los dominios de Dudley, le

telefoneas a Fat. ¿Qué demonios será este negociazo que emprenden, y para el cual necesitan un piloto especialista en vuelo sin visibilidad?

—Pronto lo sabré.

—Si Dudley te reconoce... No, no podrá. Estás muy distinto así. Tu disfraz de vagabundo era soberbio. Lo que cambia un hombre cuando se afeita, se asea y muda de traje. Todo es apariencia en esta perra vida. Falsedad pura. Fachada.

Aminoró la marcha.

—Os voy a dejar en aquella parada de taxis. Acompaña a Nina hasta el club. Buena suerte, Alex Dalton.

Se alejó el coche conducido por Bernstein, y cogida del brazo de Garfield susurró ella:

—Parece imposible que apenas hace unos momentos...

—Olvídalo, Nina. Abe Bernstein te protegerá, porque te quiere de veras. Me he dado cuenta. La lástima es que también el aviador se haya enamorado de ti. Ahora, cuando vuelvas a la mesa, si te ven nerviosa, lo achacas a la modista. Siempre ponen nerviosas las modistas, dicen los entendidos en la materia.

—No tienes sentimientos. Eres como Abe... Una máquina de matar.

Dentro del taxi, guardaron ambos silencio. Al apearse ante el estacionamiento posterior del club, dijo Garfield:

—Es preferible que vayamos por separado.

Tras su mesa, rió Anderson:

—Larga ha sido la charla con tu amigo Alex.

—Larga e instructiva. ¿Bailamos, Telma?

El ritmo melódico permitía conservar la claridad mental. Meditó Garfield que él era como Bernstein. De los que se enamoraban una sola vez y definitivamente.

Experimentaba un naciente afectó, un deseo de proteger y hacer feliz a Telma Anderson. Dijo ella:

—Hay muchos misterios en usted, Derek.

—Algún día te los podré explicar. Lo que sí está claro es que me inspiras deseos de besar tu frente y decirte al oído que rechaces todos los malos pensamientos, para pensar sólo en un agradable porvenir.

Rió ella nerviosamente:

—No tienes más que una boca. Y no puedes a la vez besarme en la frente y hablarme al oído.

—Podemos probar, si quieres. Aquella terraza es muy acogedora.

—Tal vez me gustará, cuando sepa quién eres.

—Soy Derek Alex Garfield Dalton. Empiezo a quererte porque no eres una chica del rebaño. Eres soñadora, recta y sencilla. La mujer que me hace mucha falta.

—¿A cuántas les habrás dicho lo mismo?

—Estupendo. Así empieza el cariño. La mujer dice lo que acabas de decir, y el hombre protesta.

—Protesta, entonces.

Bertram Anderson contempló complacido a Nina Valenti.

—Has tardado horrores, Nina.

—La modista... Y creo que cogí un poco de frío.

—Tiemblas.

—Me voy a casa. Mañana nos veremos, Bert. Ahora, tengo que irme.

La noche dejó de ser agradable para Anderson que, aburrido, a solas, observó a su hermana charlando, aparte, entusiasmada, con Garfield.

Al despedirse Garfield, quedando en verse a la mañana siguiente, comentó Anderson:

—Parece que hay idilio en perspectiva, Telma.

—Es un hombre maravilloso, Bert. No es un estúpido muchacho sin ideales. Es leal, noble y sencillo.

—Lo celebro. Tendrás felices sueños esta noche. Bueno, no me disgustaría tener por cuñado a Alex Dalton.

—Me gusta más el nombre con que le conocí: Derek.

—Los dos son el mismo.

* * *

A la mañana siguiente, el teléfono despertó a Anderson. Hablaba Henry Dudley.

—¿Puede trasladarse hoy mismo, Anderson?

—No hay inconveniente ninguno.

—Póngase entonces en camino. ¿Eligió ya a su ayudante?

—Alex Dalton. Un buen técnico.

—Esta tarde, a las seis, les espero.

—Vendremos sin falta.

Henry Dudley colgó.

Miró al individuo sentado ante él. Un sujeto de anchas espaldas, bajo de estatura.

—Puedes comunicar a Tampa que esta tarde, a las seis, vendrán el piloto Anderson y su ayudante. Con lo cual queda ya completado el equipo necesario. Y dime, Fulton... ¿Está enojado Joe Tampa?

—Con usted, no. No es culpa suya, Dudley, que hayan sido suprimidos Gunter, Alfred y los otros seis que envió para acabar con Bernstein.

—Mientras viva Bernstein no podremos estar tranquilos.

Omar Fulton, brazo derecho de Tampa, se levantó.

—No tardará en caer. Vámonos, Dudley.

—¿Te envió Tampa a buscarme?

—A protegerle. Si ayer tarde cayó Gunter y por la noche los otros, usted no está nada seguro. Vamos a Greystone. Creo que Tampa ha decidido dar el gran golpe antes de lo que pensaba.

CAPÍTULO X

La tarde primaveral era espléndida. El coche conducido por Anderson se detuvo a las seis menos diez a un lado del cruce de carreteras, al margen del río Yare.

La factoría conservera de Henry Dudley estaba en las afueras de la ciudad. Su primer cobertizo distaba apenas unos doce metros del río.

La factoría adoptaba una forma radial. El centro era un amplio edificio achatado, redondo, del que partían cuatro aspas. Los almacenes y alojamientos del personal.

El conjunto estaba cercado por alambradas, delimitando la propiedad, aunque en rededor no había otras edificaciones cercanas.

El coche descendió hacia una de las puertas de la alambrada. En la garita, un guardián maniobró el mecanismo que abría el portalón.

A la vez con el brazo tendido rectamente señalaba hacia un pequeño cobertizo.

Comentó Garfield:

—Muchas precauciones para una fábrica conservera.

—Es que en estas factorías existen fórmulas secretas de envasamiento y se han de proteger contra el posible espionaje industrial. Esto me explicó Dudley, aunque a mí me tiene sin cuidado el negocio de enlatar peces.

Dejando el coche en el garaje, ambos se encaminaron de nuevo hacia la salida.

En el umbral estaba un individuo bajo, de anchas espaldas, de rostro redondo, inexpresivo.

—Soy Omar Fulton, socio del señor Dudley. Les enseñaré su

alojamiento. Hagan el favor de seguirme.

Manifestó Anderson:

—Estoy impaciente por ver el aparato.

—Lo verá.

Fulton se encaminaba hacia el ala de Poniente. Eran los alojamientos del personal. Entró por una de las puertas, subiendo unas escaleras hasta llegar a un rellano que daba acceso a un corredor con cuatro habitaciones.

—La tercera. Hay dos camas. Las otras habitaciones son de otros tantos pilotos con sus ayudantes.

Murmuró Anderson atónito:

—¿Tiene Dudley cuatro aviones?

Omar Fulton se limitó a abrir la puerta tercera.

Una habitación alegre, amueblada estilo estudiantil, con banderines deportivos, acuarelas ecuestres, marinas y muebles confortables.

Un tresillo, una radio tocadiscos, un pequeño bar y dos camas.

—Cuando Dudley desee hablarles, vendré a buscarles.

—¿No podría ver el avión?

—Dudley le llevará a verlo.

Se marchó Fulton. El piloto fue distribuyendo el contenido de sus maletines.

—¿Qué cama quieres, Alex?

—La orientada al este. ¿Qué te pareció el socio de Dudley?

—Frío como un pez abismal. Pero esta habitación me agrada. Me recuerda cuando estaba en la Universidad.

—Sí. Y Fulton me recuerda un profesor amargado, que practica mucha gimnasia para desfogarse.

—Habrá por lo menos dos centenares de obreros y capataces alojados en ésta factoría.

—Y tres pilotos más. Quizá los conozca.

Bebieron, pusieron discos y a las siete repicó el teléfono interior. Hablaba Dudley:

—Bien venido, Anderson. Pasa a recogerles mi socio.

Omar Fulton, impasible, les precedió.

Abandonaron el edificio hasta llegar al centro de la explanada, en cuya mole redonda entraron.

El vestíbulo, extenso, tenía varias puertas. Se dirigió Fulton a

una lateral, abriéndola.

Henry Dudley estaba en pie, tras la larga mesa despacho.

Un desconocido, sentado en amplio sillón, era la viva imagen del hombre de negocios triunfante, popularizado por los anuncios.

Esbelto, canoso, ojos penetrantes, labios delgados y un conjunto de rasgos faciales enérgicos, sin dureza.

Cerrando la puerta se adosó Fulton en ella.

Avanzó Anderson estrechando la mano de Dudley. Presentó:

—Mi ayudante Alex Dalton.

Dudley contempló fijamente a Garfield, comentando:

—Tengo la impresión de haberle visto antes, Dalton.

—Es posible.

El desconocido tosió.

Dudley, como si acabase de recibir una descarga eléctrica, dijo apresuradamente:

—Les presento a mi jefe: Joseph Tampa.

Joe Tampa no se levantó ni estrechó la mano que tendía Anderson.

Señaló los dos asientos frente a la mesa, tras la que se hallaba.

Asombrado, musitó Anderson, sentándose maquinalmente:

—Joe Tampa...

—Es posible que hayan oído hablar de mí. Si así es, lo prefiero porque llegaremos antes a un pronto entendimiento de la situación.

Hablaba Tampa con entonación metálica. Ante él, sobre la mesa, había varios planos extendidos.

Uno de ellos lo había ya identificado Garfield como el de Londres.

Dudley, obsequioso, encendió el cigarrillo que hasta entonces había estado rodando entre los dedos de Tampa.

—En el contrato, Dudley le ha ofrecido una paga triple de la que percibía, Anderson.

—Acepté por creer que se trataba de un trabajo normal... Yo no voy a trabajar para usted, Tampa. Sus asuntos están totalmente reñidos con la ley. A mí, Dudley no me dijo nada en absoluto de que iba yo a trabajar para usted, Tampa.

Los azules ojos aterciopelados de Tampa lucieron un destello de íntimo regocijo.

—Esta reacción ya me la suponía, Anderson. Pero necesitaba

pilotos especializados en vuelos sin visibilidad, y solamente pude reunir a tres. Necesitaba cuatro. Usted es el cuarto.

—Olvídeme. Renuncio.

—Ya es tarde.

Anderson empezaba a enfurecerse. Con exasperación contenida, masculló:

—A la fuerza, no conseguirán nada conmigo.

—Podría demostrarle que sí, pero preferiría no tener que hacerlo. Tal vez acallaré sus escrúpulos diciéndole que en el negocio que llevo planeado desde hace tiempo, no interviene ninguna clase de violencia directa. Es decir, no hay derramamiento de sangre ajena ni propia, sino simplemente un factor primordial que podríamos calificar como pánico general en Londres.

Intervino Dudley:

—Le aconsejo, Anderson, que primero escuche y no enoje al señor Tampa. Imite a su ayudante Dalton, que escucha tranquilo y callado.

—Eso es una trampa, y repito que a la fuerza yo no...

—Desde que entró en la factoría, se ha convertido en un engranaje más de la máquina que he preparado, Anderson. Lamentaría tener que suprimirle, porque si bien puedo actuar con tres pilotos, prefiero cuatro. Escuche y no se encrese... Si queda bien puntualizado que no habrá muertes y en cambio, al término de mi plan, puedo garantizarle una buena recompensa, usted volará con la conciencia tranquila, sin remordimiento alguno.

Crispados los puños, replicó el piloto:

—Usted es considerado un peligroso delincuente y la policía le busca incesantemente.

—No me opongo a que me busquen, mientras no me encuentren. Hágame el favor de escuchar, Anderson, puesto que le hablo cortésmente. Supóngase que va a oír una conferencia sobre el delito de alta categoría, bien organizado. No me interrumpa, por favor. Está escandalizado y no se lo reprocho. Pero quiero inculcarle la idea de que yo no soy un pandillero vulgar y sanguinario. Me han atribuido algunas muertes incidentales, pero fueron accidentales y contrarias a mi voluntad. Me considero un hombre de negocios, como cualquier magnate del petróleo o de la fabricación de armas. Tal vez, menos nocivo para la humanidad. Y usted trate de

escucharme como un posible colaborador.

—Antes quiero saber qué destino me reserva si me niego a colaborar en sus planes.

—No le eliminaré. Me bastará tenerlo encerrado hasta que termine mi operación. Pero hay un inconveniente. Cuando cese el pánico en Londres, si alguien sospecha, vendrá aquí. Le encontrarán, y al leer su contrato con Dudley, le será muy dificultoso demostrar su inocencia. Además, por entonces, Dudley estará muy lejos. ¿Asimila?

Anderson trataba de asimilar lo que oía. Guardó silencio.

—Hay otro punto todavía no decidido definitivamente. Pero es posible que ésta factoría salte por los aires, desmenuzada. Un accidente en el cual, aparentemente, habrá perecido Dudley, que lejos del Reino Unido, emprenderá una nueva existencia.

Señaló Tampa indolentemente a Dudley.

—Estudie el caso de Henry Dudley. Es un financiero adinerado y considerado honorable. Pueden sospechar de él, pero nada se le ha demostrado. Y si ahora colabora abierta y plenamente conmigo, es porque está convencido de que mi plan es excepcionalmente bueno.

Anderson dominó su furor, para ceder a un impulso de curiosidad.

—Tal vez su plan sea tan genial que justifique cuanto dice. Pero será ilegal.

—Lo es. Salvo herencias, ¿conoce alguna gran fortuna cuyo inicio no fuese hábilmente antilegal? Contrabando, enchufe, estafa por lo grande...

—No me interesan sus conceptos generales, Tampa. Particularice.

—A ello. Mi plan se basa en un principio en el que vengo meditando hace años. La existencia del hombre que se coloca abiertamente al margen de la ley es absurda. Tarde o temprano, los jueces tienen razón. El delito no paga dividendos. Entre los pandilleros hay algunos inteligentes, pero siempre acaban por sucumbir de mala manera. Y la razón es sencilla. Son jugadores de azar.

—No le entiendo.

—Verá como sí... Yo fui jugador, pero no de azar, ni tampoco tramposo. Cuando empecé a jugar, ganaba porque me imponía una

difícil disciplina. Al sentarme en cualquier mesa de juego, me sujetaba a un límite de pérdida y de ganancia. Modesto. Tres libras. Por entonces era yo un mozo de pocas ambiciones. Han pasado veinte años. Durante cinco, viví modestamente, porque si se me presentaba la racha negra, me levantaba al perder mi cifra tope. Tres libras. Si tenía la racha buena, me levantaba al ganar la cifra tope. Tres libras. A fin de mes, como un oficinista organizado, hacía balance de mi libreta contable, y el saldo demostraba que había obtenido la cantidad necesaria para ir viviendo sin aprietos. Pero si mi método daba resultado se debía a que yo no era realmente un jugador de corazonada que se dejaba impresionar por la racha favorable.

—Muy interesante como martingala para jugadores, pero esto no me explica la razón por la que estoy aquí.

—Los generales cuando planean una batalla, cuentan con el asentimiento de su Estado Mayor, porque sus oficiales saben que el general ha de pensar en todo, en los pros y los contras. Yo soy este general, Anderson.

—Por lo menos es usted muy distinto a como me lo imaginaba.

—Comprendo... No mastico puros ni chicle, ni oculto una pistola bajo el sobaco, ni Fulton, mi ayudante, es un matón de los que escupen por el colmillo y asestan coces como argumento convincente. Ya le dije que no soy un jugador temperamental, defecto que tienen la mayor parte de mis colegas de menor envergadura. Cuando ganan siete, quieren ganar catorce, y siempre doblar. Llega la racha mala y cierta madrugada suben los peldaños del cadalso.

—Final que usted cree evitará.

—Sin la menor duda. Porque me fijé una ganancia. Un tope. Planeé algo sensacional que con el mínimo riesgo colmase de una vez y para siempre mi ambición. Nada de billetes bancarios ni joyas. Algo que pudiera cambiarse por efectivo sonante y contante en cualquier nación. Oro puro, en lingotes. Cincuenta millones.

—¡Cin... cincuenta millones!

—Cifra exacta del tope que me he fijado.

—Pero ¿cómo...?

—Figúrese que yo soy un vulgar pandillero. Planeo un asalto al Banco Nacional de Inglaterra. Selecciono dos docenas de mozos

decididos... ¿Y qué? Demostraré ser un absoluto imbécil, porque la nitroglicerina podrá abrir las puertas blindadas de los sótanos donde están las reservas del oro en lingotes. Pero hay algo que, infaliblemente, me llevará al fracaso, algo que no puedo controlar.

—¿Qué es?

—La retirada. Apenas se estremezcan en sacudidas los fundamentos del Banco Nacional, en pocos segundos las calles de Londres estarán rebosando de coches patrulla en movilización general de toda la policía, ¿no?

—En efecto. Es inevitable.

Sonrió Joe Tampa.

—Precisamente en este detalle radica la genialidad de mi proyecto. Lo inevitable queda anulado. Éste es mi plan.

CAPÍTULO XI

Le escuchaban con tenso interés.

—He hallado el medio de crear una confusión tan descomunal, que cualquier movimiento rápido pasará inadvertido, porque cuando yo ponga en movimiento mi máquina, todo será confusión y movimientos rápidos por las calles de Londres.

Cruzó Tampa sus dedos, apoyados los codos en los brazos del sillón. Preguntó inesperadamente:

—¿Oyeron mencionar el truco de Orson Welles?

—¿El actor y escritor ya muy veterano?

—El mismo. Se hizo famoso al escribir un guión radiofónico con una supuesta invasión de Nueva York por los marcianos. Bastó un locutor expresivo para que, al empezar la lectura del guión, exclamando con voz horrorizada: «¡Atención, atención, ciudadanos de Nueva York! ¡Los marcianos están invadiendo...!», se produjese un pánico fenomenal. Lógicamente no había ningún marciano a la vista, sino sencillamente un locutor de la emisora más importante, hablando minutos antes del noticiario escuchado por todos, a las nueve de la noche. Durante más de una hora, las calles de Nueva York fueron un hormiguero de gente corriendo frenéticamente en todas direcciones, coches chocando y demás manifestaciones de pánico... Espectacular y espectral, ya que no había seres de carne y hueso amenazando. Ocurrió hace unos treinta años, pero posiblemente lo oiría mencionar actualmente, ¿no, Anderson?

—En efecto. ¿Y... qué tiene que ver con su plan?

—Yo he comprado un buen locutor. A la hora x, un comando bien entrenado inmovilizará al personal de la Televisora Nacional. Mi locutor sobornado proclamará para todos los televidentes de Londres, y precisamente en el momento en que todos están

pendientes de las noticias, la sensacional, la temida, la temible noticia, la que de vez en cuando la misma Prensa va insinuando.

Hizo Tampa una pausa. Después, miró fijamente a Anderson.

—Usted que es piloto, ¿cuáles son las dos amenazas mundiales?

—La atómica y la hidrógeno.

—Englobadas en una sola amenaza. Hay otra, que sigue siendo un misterio. Los platillos volantes.

—¿Los vehículos supuestamente pilotados por alienígenas?

—Sí. Han circulado muchas teorías. Globos de sonda en las alturas, aparatos de otros planetas, aviones especiales de espionaje... Pero todavía nadie ha expuesto una definición clara y convincente. Las naciones tienen investigadores especiales que hasta ahora lo máximo que han conseguido es sentar una suposición más. Alegando que se trata de artefactos desconocidos que surcan el cielo en veloz movimiento rotativo, semejando grandes bandejas que despiden luz. Han sido vistos en lugares muy distintos de la Tierra, fugazmente.

—Pueden ser globos sonda secretos, para establecer las cartas de corrientes estratosféricas.

—Todo es posible, pero imagine ahora lo siguiente... Usted, en su casa, está cenando tranquilamente. Echa ojeadas distraídas a la pantalla de su televisor. Y de pronto, el locutor conocido, habitual, el del noticiario, se asoma para clamar con voz trémula, excitada: «¡Atención, londinenses! Sin alarmarse, obedeciendo las consignas de defensa civil, y ¡sin alarmarse!, diríjense de inmediato a los refugios más próximos a sus casas... ¡Extraños vehículos voladores se están cerniendo sobre la capital, en distintos sectores...!».

Hizo una pausa. Recobrando su entonación normal, agregó Tampa:

—Yo le afirmo rotundamente, Anderson, que usted, que es hombre de temple sereno, es capaz en aquellos momentos de recordar a Orson Welles, y se asoma a la ventana... Pero cuando vea en el cielo unos discos luminosos y veloces, echará a correr enloquecido hacia el refugio más prójimo.

Interesado a su pesar, admitió Anderson:

—Es posible. Pero no pretenderá hacerme creer que tiene a su disposición platillos volantes.

—Los tengo.

Anderson rió nerviosamente.

Garfield se limitó a escuchar con mayor atención a Tampa.

—Le explico mi plan porque tanto usted como su ayudante no podrán salir de aquí, ni podrán comunicar con el exterior. Usted maniobrará el cuarto platillo volante. —Lo que oigo es una locura. ¿Qué platillo...?

—Helicópteros.

—Son identificables por cualquier profano.

—Los cuatro helicópteros que están en el hangar no son identificables. Han sido transformados. Una base en plataforma formada por un aro que en el momento requerido, despedirá luminosidad, cuando el piloto pulse una palanca. Una luz vibrante, de cohetes. Una luz que durará media hora. Ningún técnico podrá identificar a estos cuatro helicópteros cuando los cohetes despidan un fogeo circular. Cuatro helicópteros que volarán por los cuatro puntos cardinales de Londres.

—Teóricamente, la idea es genial. Tiene un fallo. La defensa antiaérea, el radar, el sonar.

—Una defensa montada contra ataques procedentes del exterior, nunca del interior. Y mis helicópteros se elevarán desde el interior, apenas a sesenta kilómetros de Londres.

—Hay una base de

D. C. A.

en la misma boca del Támesis, en Greenwich.

—Base Nelson. Seis plataformas, una compañía de artilleros, y sólo una guardia de diez. Eliminada. Los artilleros, durmientes y despiertos, quedarán eliminados. Sin procedimientos sanguinarios. Bastarán las mangas de gas narcótico que manejarán los del grupo ocho.

—¿El grupo ocho?

—En ésta factoría, los que enlatan pescado han sido bien reclutados. Divididos en ocho grupos, cada uno con una misión bien concreta. El grupo ocho, al iniciarse el pánico, entrará en la base Nelson con uniforme de artillería aérea. Sus mangas narcóticas regarán sueño a los legítimos artilleros. Después dispararán para aumentar la confusión reinante. Pero, Omar Fulton los dirige. Los disparos no irán destinados a los platillos voladores, sino a puntos distantes.

—No veo cómo quedará cubierta la retirada...

—El grupo uno recogerá en camiones para su transporte en lanchas rápidas a todos los componentes de los demás grupos. Una retirada fácil hacia el yate que en alta mar nos conducirá a un punto de la costa, y desde allí a la Suiza neutral, que acoge con agrado a los capitalistas. Cada cual quedará libre de vivir donde quiera con el fruto monetario de su colaboración. Un millón y medio para el piloto. Medio para su ayudante.

Aturdido, murmuró Anderson:

—Déjeme pensar... Expuesto así, todo parece sencillo y natural.

—Lo es. Estratégicamente planeado todo detalle.

—La policía, los Grupos Especiales, el Ejército, no perderán la serenidad.

—No. Y atenderán a su obligación. Ocuparán posiciones defensivas. Los agentes de tráfico, compenetrados con su labor de pastores del asustado rebaño de ciudadanos de toda edad, sexo y condición, no podrán atender más que a la misión de encauzar las riadas humanas hacia los refugios.

—¿Los millones en lingotes de oro?

—Tres grupos operarán. Uno de ellos, ataviados de bomberos, pero sus mangas regarán narcótico. Luego, la nitroglicerina reventando blindajes, pero el cielo estará surcado por cohetes, explosiones de la

D. C. A.,

sirenas de alarma... Bastará media hora.

—¿Los pilotos?

—A la hora convenida aterrizarán en lugar señalado, a su debido tiempo.

—Es un saqueo bien organizado, Tampa.

—En su mínimo detalle. Una prueba. Podría ser que usted volase con intención de comunicar al

MI-16

lo que sucederá. Es imposible. A bordo del helicóptero no hay emisora, y no podrá aterrizar hasta terminada la hora x. Aclare, Dudley.

Intervino Dudley:

—El grupo sexto es el que, distribuido en los cuatro aparatos, se asegurará de que los pilotos cumplirán. Después, cuando todos

estemos reunidos en el lugar convenido, usted percibirá los dos millones, entregándole medio a su ayudante. Cuando la calma vuelva a Londres, nosotros estaremos ya muy lejos.

La pausa de largo silencio fue truncada al fin por Anderson.

—Todos los que intervengan en esta operación tendrán a los Grupos Especiales tras sus huellas.

—¿Qué huellas? Ninguno de nosotros hablará, por su propia conveniencia, y en cuanto a los helicópteros quedarán destruidos. Los asaltos a la base Nelson, a la TV y al Banco serán achacados a los pandilleros que se aprovecharon de la confusión. Es una operación limpia, sin derramamiento de sangre, sin muertos. Mucho ruido, mucho pánico, y al final una fortuna para cada uno de los participantes. Puede reflexionar cuanto quiera, Anderson. Ahora bien, cuando tome los mandos del helicóptero, hágalo sin rechistar. Acompañales a su habitación, Fulton. Buenas noches.

Levantóse Anderson, tambaleándose. Luchaba contra su propia incredulidad, su íntima protesta.

Advirtió Dudley:

—Mejor será que reflexione sensatamente, Anderson. La noche suele traer buen consejo.

Salieron precedidos por Fulton, que les dejó en el corredor de las cuatro habitaciones.

Iba a entrar Anderson cuando, cogiéndole por el codo, le susurró Garfield:

—Dentro, micros, cállese lo que piensa. Yo hablaré.

Fue Garfield a sentarse en su cama. Y dijo con entonación jovial:

—El asunto es magnífico, patrón. Bien planeado. Para usted un millón y medio de libras en oro por una simple hora de vuelo nocturno. Y no hay víctimas.

—Es un saqueo a gran escala.

—El Banco de Inglaterra no hará bancarrota. Yo acepto sin reservas. Tampa sabe lo que se hace. Déjese de necios escrúpulos. Piense en un millón y medio, en lingotes.

Desde la otra cama, replicó Anderson con firmeza:

—De acuerdo. Ya que estoy en el baile, por lo menos que saque provecho.

CAPÍTULO XII

Las primeras luces del amanecer entraban por la abierta ventana.

Con libros superpuestos mantuvo Garfield alzado el embozo de las sábanas. No quería correr el riesgo de ser visto.

Fue escribiendo los signos convencionales. Las mayúsculas ocuparon las dos carillas de una hoja de bloc.

«Hora H ignorada, cuatro helicópteros convertidos en aparentes platillos voladores sembrarán pánico en Londres. Voy en uno. Locutor TV sobornado provocará pánico. Un grupo pandillero Tampa asaltará Banco Nacional. Otro, dirigido por Fulton, la base Nelson. La TV dará anuncio aparición platillos. Significará inicio asaltos. Trataré escapar después vuelo. Antes imposible debido vigilancia a bordo. Nos veremos cruce Burg-Yare madrugada noche operación».

Ató el papel doblado en torno a su encendedor. Sacó el papel plateado de una tableta de chocolate, para recubrir el proyectil.

Ya había amanecido del todo cuando bajo las sábanas terminó de construir el potente tirador cuya doble goma era la de unos tirantes. La horquilla de tiro, el destornillado soporte de un estante del lavabo.

Cuando los dos estaban lavándose, preguntó Anderson en voz muy baja:

—¿Qué estabas haciendo?

—Mensaje para el

S. G. R.

Todo saldrá bien. No podemos evitar la operación, pero atraparán a toda la pandilla de Tampa.

Alzando la voz añadió:

—Celebro que te hayas decidido, capi. Un millón y medio es una ganga que no se presenta dos veces en la vida.

Dirigióse al teléfono interior pulsando el botón de comunicación. Una voz soñolienta, indagó:

—¿Quién?

—Cuarto tres: pilotos. Tenemos hambre.

Poco después la voz de Fulton informaba:

—Les llevan el desayuno. ¿Qué decidió, Anderson?

—Plenamente conforme. Sería del género idiota negarme.

—Acertó.

Un corpulento individuo dejó una bandeja conteniendo abundante desayuno. Se marchó sin haber pronunciado una sola palabra.

Reanimado Anderson, mientras comía dibujó en el mantel, con el dedo, las letras

S. G. R.

—Lo celebro, Alex.

—Y yo.

Terminado el desayuno se acercaron a la ventana.

—Exactamente el este, ¿dónde está, Bert?

—Aquel macizo de matorrales pardo-rojos.

—¿Distancia?

—Unos trescientos metros.

—Demasiada distancia. Supongo que saldremos de aquí.

Leyeron revistas. Eran ya las once y media cuando entró Fulton.

—Les acompañaré a ver los helicópteros.

Salieron a la explanada hasta llegar al hangar más voluminoso. En su amplio interior abovedado, solamente estaban los cuatro aparatos.

Surgiendo de detrás de uno de ellos, expuso Tampa:

—Son del tipo gigante. Tienen ya los soportes para colocar el aro con las cargas de cohetes. ¿Conoce este tipo de autogiro?

—Sí. Los emplean en los portaviones. Pueden transportar cuatro

heridos, dos enfermeros y dos tripulantes. Ocho en total.

—Exacto. Ustedes dos y seis componentes del grupo sexto.

Examinaba Anderson el gigantesco aparato, semejante a un insecto prehistórico.

—No ha salido de los talleres nacionales.

—Fue construido aquí, pieza a pieza, por los otros tres pilotos y sus ayudantes, con la colaboración de mecánicos a mi servicio. Pieza por pieza siguiendo el plano de los del Almirantazgo.

—Perfecto. Y el color azul oscuro es un hallazgo, porque en la noche se confundirá con el cielo. Desde tierra solamente se verá el aro luminoso.

—Ésta es su carta de ruta, Anderson. La velocidad, los cambios de rumbo, todo está detallado. Por favor, no cometa el menor error porque sería lamentable que los seis escoltas tuvieran que liquidarle.

—Ya pasó mi arrebató. Ha de comprender que la sorpresa del primer momento fue enorme.

—Lo comprendo. Pueden pasear por el recinto, sin salir, naturalmente, de las alambradas. Les advierto que están electrificadas. Pueden visitar los demás cobertizos. Se documentarán sobre salazón y conservería.

—Esta hoja de ruta me indica el vuelo hasta el sudeste de Londres, y la permanencia allá treinta minutos, a partir del momento en que uno de los seis escoltas me de la señal para producir la ignición de los cohetes. Al término de la media hora, ¿qué ruta emprendo?

—Se lo dirá el mismo que le de la señal de inicio de la cohetería.

—De acuerdo.

—Así me gusta. Veo que la noche le ha sido buena consejera. Y le felicito por su ayudante. Es mudo cuando conviene. Hasta luego.

Salieron Anderson y Garfield. Todo producía la impresión de una factoría conservera con sus camiones, lanchas, embarcaderos, mesas de salazón, los envases en las cintas rodantes, las máquinas de etiquetaje...

Pasearon hasta que al distar veinte metros de la alambrada murmuró Garfield:

—Voy a lanzar el mensaje. Silba cualquier cancioncilla, Bert.

Silbando, cerró Anderson los ojos.

El chasquido de la goma entre la abierta cazadora de su compañero le pareció el estampido de un cañón.

—Tras los matorrales fue a parar. Ya puedes abrir los ojos... ¡Vaya, vaya, el amigo Fulton!

Fulton se aproximaba corriendo. Les miró con recelo.

—¿Qué pasó?

—¿Dónde? —preguntó Garfield.

—Este ruido... Un silbido...

—Diablos, si uno no puede ni silbar a dúo, entonces que nos encierren. Vámonos a la celda, capi. Por lo visto aquí fusilan al que silba. Comprendo las precauciones, Fulton, pero sin exagerar, hombre.

Opinó Fulton:

—Es preferible que regresen a su habitación. Todos estaremos así más tranquilos.

—En efecto. Y a esperar la hora H.

* * *

Abe Bernstein bostezó, desperezándose. Aquel chalet en la colina norte de Greystone era confortable. Alejado de todo ruido.

En la habitación contigua, Nina Valenti estaba peinándose. Oyó los pasos de Fat, lentos, aplomados, y otro paso menudo, saltarín.

Bernstein alborotó los cabellos del harapiento muchacho que acompañaba a Fat.

—Hola, Wopsy. Cuéntame todo lo que hiciste.

—Desde anoche me escondí en la loma de los matorrales donde me señaló Fat. Allí estuve con Weppy, que allí se ha quedado. A eso del mediodía, un pedrusco que primero creí era plata pura, vino a caer detrás de la franja de matorrales. Recogí la piedra, he venido y allí está Weppy.

—Muy bien. Vas a la cocina y te llevas todo lo que escojas de la nevera, aparte los billetes que te dará Fat. ¿Qué hubieras dicho si te pescan allá los de la factoría?

—Que mi hermanita y yo habíamos huido de casa.

—Perfecto. Tú llegarás lejos, Wopsy. Anda, vete.

Cuando regresó Fat, alisaba Bernstein el papel hasta entonces protegido por la envoltura plateada.

—Vete escribiendo las letras que te dictaré, Fat.

Cuando terminó de dictar, pidió:

—Lee, Fat.

—Pues esto dice: «Hora H ignorada...».

Al finalizar la lectura, Fat miró con ojos dilatados por el estupor a su jefe. Bernstein silbó entre dientes. Dijo luego:

—Tampa es todo un talentazo. Y en cuanto al ex agente, ha cumplido.

—¿Confías en él, patrón?

—Ahora, sí. Pero por si acaso, al final, le tengo una sorpresa reservada por si me fallase. Ahora distribuiremos dos grupos bien camuflados por las cercanías del Banco Nacional y de la base Nelson.

—¿Por qué la base Nelson?

—Hay algo raro en que Fulton pierda el tiempo en anular el tiro antiaéreo. ¿Qué le importa a Tampa si estallan sus helicópteros? De todos modos, el efecto principal, la alarma confusionista, ya la consigue sin necesidad de arriesgar gente identificable en la base Nelson. Cuídate de avisar a Wopsy que si él o su hermana oyen ruido de avión saliendo de la factoría, que llamen al teléfono del Pigeon desde aquí.

A solas, volvió a leer Bernstein el mensaje. Murmuró:

—La hora H puede que suene esta misma noche.

Fue al garaje. Los dos mestizos estaban dormitando. Se despejaron al instante.

—Aquí tenéis en el mapa donde está la casa de la novia de Garfield. Le diréis que venís de Greystone, que sois técnicos mecánicos de la factoría Dudley. Que os envía Garfield, o Dalton, porque Anderson ha sufrido un accidente, aunque no grave. La traéis aquí. Pero con buenos modales. La retenéis aquí en el garaje hasta que yo personalmente acuda. Podría suceder que yo sufriese un accidente, y grave, de los irremediables. Si así fuera liquidad a la chica. ¿Está claro? Y si se acercase por aquí Garfield, lo liquidáis también, aunque será difícil, por cuanto no conoce esta casa. Repite, Rick.

El mestizo, dócilmente, fue exponiendo lo que acababa de decir Bernstein.

Poco después, visitaba Bernstein a la italiana.

—Me voy por unos días o tal vez por una sola noche. Aquí estás segura y no te pasará nada. Espérame y no te vayas, porque si sales de aquí, los pandilleros de Tampa te atraparían. Aquí estás a salvo.

La besó con creciente pasión.

Al irse Bernstein, ella, tendida boca abajo en la cama, sollozaba con furor casi infantil.

CAPÍTULO XIII

La voz de Fulton conminó por el auricular del teléfono:

—Al hangar. Inmediatamente.

Encajando el aparato, manifestó Garfield:

—Hora H. Son las ocho y media. Las noticias son televisadas a las nueve y quince. Desde aquí al sector sudeste de Londres, la distancia es corta.

—¿Qué haremos? —susurró el aviador.

—Aguantar el tipo hasta que transcurra la media hora de cohetería. Después, ver el modo de quitarnos de encima los seis pasajeros.

En el hangar iluminado, los cuatro helicópteros muy separados entre ellos, parecían montar sobre un aro metálico unas cinco veces mayor que la enorme hélice.

En tres de ellos, la carlinga transparentaba a sus ocupantes.

Junto a la escalerilla de acceso al cuarto aparato, se alineaban en dos filas seis individuos.

Fulton subía a uno de los aparatos. Cerca del destinado a Anderson se hallaban Tampa y Dudley.

Los motores estaban parados.

—Recuerde bien lo convenido, Anderson. A las nueve menos tres minutos remontará el vuelo. Abrirán ahora la bóveda y con intervalos de cinco minutos saldrán. Usted el último. Siga matemáticamente su hoja de ruta. Hasta luego.

En la estrecha carlinga sentóse Anderson, y a su lado Garfield. Los seis pandilleros subieron, colocándose atrás, en los dos banquillos.

Anderson fue realizando maquinalmente las manipulaciones preparatorias al despegue.

En la gran nave, los cuatro helicópteros con el gigantesco aro metálico en su base, empequeñecían a los hombres a ras de tierra.

Vio Garfield a Tampa alzando el brazo y dejándolo caer. Un poderoso zumbido vibró y en sus veloces giros dejó de verse la hélice del aparato más alejado.

El helicóptero se bamboleó elevándose lentamente hacia la recorrida bóveda, desapareciendo en el firmamento oscuro.

Anderson estudiaba de nuevo su hoja de ruta.

Otro helicóptero se elevó. Para evitar los espacios controlados seguían primero un rumbo internándose sobre el río, desde el cual al llegar frente a sus sectores señalados en Londres, partirían hacia la capital.

Garfield sintió de pronto un hueco en el estómago. La misma impresión, pero acentuada, de un descenso en rápido ascensor.

El helicóptero pilotado por Anderson se elevaba. Fuera del hangar ya no se oía el vibrante y ensordecedor bramido. La carlinga aislaba a sus ocupantes.

La noche elegida por Tampa era propicia. Oscura, sin luna, plácidamente primaveral.

Abajo, el río iba dibujándose con sus riberas blanquecinas y verdosas.

Atrás, uno de los pandilleros dijo:

—Yo te daré la orden para soltar los cohetes. Y sigue el rumbo adecuado porque sé leer diales y coordenadas.

Miró Garfield su reloj pulsera. Marcaba las nueve y siete minutos.

Maniobró Anderson y ladeándose, el helicóptero cambió de rumbo. Se divisaban las luces de la capital.

—Londres a cuatro minutos —comentó Anderson.

Se entretuvo Garfield en contar los segundos. Llegaba al número doscientos dos, cuando tras él, gritó el pandillero:

—¡Cohetes!

Anderson empujó la palanca complementaria.

El espacio se encendió bruscamente en torno al aparato. Unas líneas fulminantes que surgían en rededor como rayos de un astro estallando.

Y a lo lejos, Garfield, cuando dejó de estar deslumbrado por los primeros resplandores, vio otro «platillo volante».

Aureolado por los surcos horizontales de los cohetes, el otro helicóptero semejaba un disco giratorio rápido y resplandeciente.

Otro pandillero gritó:

—¡La

D. C. A.!

Desde las plataformas, en una explanada, las baterías vomitaban fuego. Garfield trató de imaginarse el pánico en las calles y hogares, pero no lograba aproximarse a la realidad.

Los refugios señalados eran tomados por asalto. Los surcos de los cohetes, los estampidos de la artillería antiaérea, el mugir de las sirenas y el atropellamiento de la gente asustada hasta el frenesí, formaban una cacofonía ensordecedora.

* * *

El estruendo de la nitroglicerina derrumbando las puertas de los sótanos del Banco Nacional, precedió la entrada de los pandilleros de Abe Bernstein.

Crepitaron las metralletas.

Los del grupo enviado por Tampa caían segados como gavillas de trigo bajo imprevistas guadañas de plomo.

Y de pronto, en los sótanos, los que vencedores estaban sacando los cajones con los lingotes, cayeron a su vez envueltos en nubes de gases lacrimógenos.

En la base Nelson, Fulton registraba el despacho donde el espía a sueldo de Tampa había indicado la existencia de los documentos secretos referentes a la defensa antiatómica.

Encontró la cartera cerrada con diminuta cajita que contenía el líquido corrosivo que al ser forzada por manos ignorantes, vertía el ácido quemante destruyendo los documentos del interior.

Con la cartera bajo el brazo, abandonó Fulton el despacho. Ya era hora de retirarse.

Arriba habían cesado los disparos.

Alguien se acercaba cautelosamente.

Fulton disparó un segundo tarde. Sus balazos rebotaron contra el suelo.

Bernstein había pulsado el gatillo por cinco veces apenas Fulton apareció en la esquina.

Le arrebató la cartera cuando aún Fulton se tambaleaba, muerto en pie. Coincidió el arrancar de la cartera con su caída de bruces.

Los silbatos de la policía, las sirenas de coches deteniéndose ante el edificio alertaron a Bernstein. Miró en torno como fiera acorralada.

Corrió hacia la escalerilla de incendios. Bajó apresuradamente y cuando pisaba el patio, se agazapó tras un tonel. Pasaron varios agentes que se colocaron junto al remate de la escalerilla.

Arriba sonaron disparos.

Altavoces ambulantes iban clamando:

—¡Falsa alarma! ¡Falsa alarma! Operación destinada a comprobar el espíritu de ciudadanía.

En el cielo ya no se veían aros luminosos.

Bernstein fue arrastrándose lentamente hasta llegar al enrejado de un respiradero comunicando con un patio. Lo apartó. Cinco minutos después, a pie, pasaba desapercibido por entre los excitados habitantes de la capital que acababa de vivir media hora de intensa alarma.

* * *

—¡Con rumbo noroeste, Anderson! —gritó el pandillero—. ¡Bloquea la cohetería!

Cesó la iluminación en torno al helicóptero. El que hablaba se aproximó.

—Dijo Tampa que ahora es posible que acudan las escuadrillas de cazas. Tienes que aterrizar en el río, en este punto. Aquí. Nos espera una lancha.

—Aterrizar con este aparato en el río es imposible. Nos hundiremos.

—La lancha es amplia. Dijo Tampa...

—En una lancha no puede posarse este aparato. Esto lo digo yo.

—Pero puede mantenerse en suspensión sobre la lancha.

—Esto sí que puedo intentarlo.

—Por la escalerilla bajará primero tu ayudante. Después, yo. Tú, piloto, el último.

—De acuerdo. Agárrense todos, que voy a emprender el descenso.

Comentó al cabo de un instante:

—La palanca al bloquear desprendió el aro. Bien ingeniado. ¿Y ahora qué, Derek?

—Acércate a tierra, Bert.

Alzó la voz, gritando:

—¡Preparados!

—¡Eh, Anderson! ¡Mira! ¡Mira!

En el espacio aparecían puntos luminosos. Explicó Anderson:

—Cazas. Las luces de ala. Van a acribillarnos. ¡Tenemos que saltar!

—¡Los paracaídas!

—No sirven. Nos verían.

De los aviones de caza partían bengalas luminosas en todos sentidos. Bajaba el helicóptero en vertiginosa barrena.

—¡Salten al agua cuando suspenda!

El agua distaba apenas un centenar de metros. Contó Anderson despacio:

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Ahora!

La brusca sacudida de suspensión pareció desencuadernar el aparato.

—¡Salta, Derek!

Garfield brincó empujando con todas sus fuerzas la puerta lateral. Saltó al comprobar que era Anderson el que le empujaba. Cayeron como plomadas al agua, que distaba apenas cinco metros.

El helicóptero se hundía de proa unos metros más allá.

Sumergido, braceó vigorosamente Garfield. No veía nada. Emergió, sacudiendo la cabeza. Farfulló, escupiendo agua:

—¡Anderson..., Bert...!

Un caza pasó por encima de sus cabezas en vuelo rasante. Estaba a unos treinta metros de altura, pero parecía que iba a decapitarlos. Su estruendoso rugido se alejó.

Tocaron tierra tras nadar con todas sus fuerzas. El río era ya un surco dominado por las escuadrillas de caza.

Corrieron por entre la vegetación de la ribera. Se detuvieron tras cinco minutos de carrera. Resollando manifestó Garfield:

—Hemos tenido suerte. Hay que alejarse de aquí, Bert. Van a venir patrullas a cercar las riberas. Vendrán echando humo.

—¿Qué hacemos ahora, Derek?

—Caminar. Apenas llegues a tu casa, te mudas y vas a explicarles todo al

S. G. R.

Diles que te mando yo, que voy a entrevistarme con Bernstein. Que vendré a media mañana. Que no pude avisar, pero que lancé a los de Bernstein contra los de Tampa. Tengo que ir al cruce

Burg-Yare.

Caminando. Así, chorreando, no puedo subir a ningún coche ni autocar. Y además, las carreteras estarán vigiladas.

Lo mismo pensaba Abe Bernstein, que a pie se encaminaba hacia Burg-Yare, donde había dado cita a todos sus pandilleros.

CAPÍTULO XIV

Trinaban los pájaros cantando el amanecer cerca del remanso donde el arroyo Burg aumentaba el caudal del río Yare.

Abe Bernstein dormía agotado, pero saltó en pie al oír pasos. Por entre los abetos acudía Garfield.

—Hola, Abe. Hemos cumplido.

—Pero algo falló en los planes de Tampa.

—Claro. No sabía él que tú...

—¡Yo no! ¡El

S. G. R.!

Caminando oí comentarios. Decían que los asaltantes del Nacional fueron cazados con gases lacrimógenos. Lo mismo los de la televisión y de la base.

—¿Y qué?

—Eran los míos. Los que estaban liquidando a los de Tampa. Los han cogido. No ha escapado ninguno.

—¿Cómo lo sabes?

—Estarían aquí. Y aquí solamente estamos tú y yo.

—Ojo con tus gestos, Abe. Yo te juro que no advertí al

S. G. R.

Es más, si hubiese querido hacerlo, no habría podido.

—Bien que me avisaste a mí.

—Porque así lo habíamos convenido.

—Pudiste convenirlo con el

S. G. R.

—No seas estúpido, Abe. La noche te ha averiado el seso. ¿Te quedaste sin los tuyos? También Tampa. Y peor que tú, porque él estará ya enjaulado. Lo que sucedió fue que la reacción policial fue mucho más rápida de lo que calculó Tampa.

—¡Alguien se chivó!

—Cuidado, Abe, cuidado...

—No juegas limpio. Daría no sé qué por saber lo que hay tras tu maldita frente... Los millones del Banco, volatilizados.

—Pero más valor tendrá lo que Fulton fue a buscar a la base Nelson.

—¿Te enteraste?

—Claro, hombre. Y éste es nuestro negocio, a medias.

—Tienes razón. Desconfié de ti indebidamente. Pero los sabuesos del

S. G. R.

apareciendo antes de lo que me suponía, me desquiciaron.

Abrió la cremallera de su cazadora. Apareció el portafolios negro.

—Esta cerradura tiene ácido. No hay cortafríos que valga. Por esto, porque me olí que lo iba a necesitar, he convocado a un químico. Le pagaré con diez billetes grandes. Vámonos a casa. —¿A Londres?

—No. A Greystone. Tengo un chalet allá, en la colina. Lo alquiló Fat, que me está esperando. No acabo de fiarme de ti, Derek. La cabra siempre tira al monte.

—No tengo armas. A ti te abulta demasiado el sobaco izquierdo.

—Me sobra el arma. Tengo algo mejor, Derek. ¿Tú qué crees? ¿Quiero o no a Nina?

—Con toda la pasión de los que somos desapasionados.

—Bien dicho. Como tú quieres a Telma Anderson.

—Exacto.

—Entonces vete con tiento, porque Telma está en el chalet custodiada por Fat y los dos mestizos.

—Me ha asqueado lo que acabas de decir, Abe. Te tenía aprecio, porque no te creí capaz de canallada semejante.

—Y no la hay. Cuando venda el contenido de la cartera, te vas con tu Telma y yo con mi Nina. Ha sido simplemente una precaución. No debe extrañarte, Derek. Primero te finges ladrón de carteras. Después me anuncias que eres del

S. G. R.

Te infiltras en las filas de Tampa y me lo vendes. Y solamente caben dos ideas: o eres un redomado Judas, o sigues trabajando para el

S. G. R.

—El inconveniente de los tipos como Tampa y como tú, es que ya no se pueden fiar ni de su sombra. Te había cogido aprecio, Abe, y ahora ya sólo quiero perderte de vista apenas Telma pueda irse conmigo. No quiero ya más trato contigo. Para ti la cartera. Yo quiero a Telma libre. Eso es todo.

—Vaya... Tú no me vas a ganar en generosidades. Lo dicho, dicho está. Hay millones en los papeles de esta cartera. Mitad y mitad, Derek.

Iban remontando por el sendero de la colina de Greystone.

Se divisaba el chalet rodeado de jardín.

—¿Dónde está Telma?

—En el garaje. Hagamos las cosas bien, Derek. Llamaré a los mestizos y a Fat. Cuando estén conmigo, tú vas al garaje. Toma, hombre, para que veas que no juego sucio.

Tenía Bernstein su automática. Le miró Garfield con dureza.

—No me tientes, Abe. Guárdala. Llama ya a tus sicarios.

Empujó Bernstein la verja abierta. Llamó:

—¡Eh, Fat!

Repentinamente se envaró, llevándose la diestra a la funda.

Sonó un crepitar y alcanzado en el hombro, corrió Bernstein hacia el garaje. Otros dos balazos le hirieron en el hombro izquierdo. Giró sobre sí mismo, asombrado, mirando a Garfield, que se había arrojado al suelo.

Con truncados sollozos, gritaba Bernstein:

—¡Puerco Fat! ¡Puercos mestizos! ¡Cuidado, Derek, que van a por ti también!

Cayó Bernstein de rodillas, colgantes los dos brazos inutilizados. Por la puerta del garaje y del chalet, surgieron policías uniformados, avanzando con precaución, pistola encañonada.

Bernstein cayó de frente contra el suelo, sin sentido.

Garfield se levantó. Se aproximaba un inspector del

S. G. R.

—¿Telma Anderson? —preguntó Garfield.

—En su casa con su hermano.

—No comprendo, no comprendo.

El agente miraba a Bernstein, que sin sentido era trasladado al interior por dos policías.

—Eva, la eterna Eva —dijo el inspector.

—Bernstein me dijo que aquí estaba Telma.

—No mentía. Estuvo aquí, prisionera, hasta anoche a las diez.

El inspector entraba en el vestíbulo del chalet. Sobre una mesa, un agente practicante extraía las balas de los hombros de Bernstein.

Explicó el inspector:

—Nina Valenti oyó tu mensaje traducido por Fat. Siguió a Bernstein al garaje y le oyó ordenar a los mestizos el secuestro de Telma. Venció la desconfianza de Fat, con el arma femenina clásica. Cuando Fat estaba abrazándola, ella le golpeó con un florero.

De plata maciza. Y telefoneó al

S. G. R.

—¿Por qué obró así Nina Valenti?

—Al comprender que Bernstein era un asesino, decidió entregarlo.

—¿Joe Tampa?

—Cayó con Dudley. Estaban al norte del litoral en su yate. Una redada completa gracias a ti, Garfield.

—Y a Nina Valenti.

Garfield se pasó la mano por la nuca. Sentía fiebre. En la mesa, vendado el torso, Bernstein lloraba en silencio.

Molesto, un agente dijo:

—Vamos, Abe... No llorabas cuando te estaban sacando los plomos de las carnes.

Cerró Bernstein los párpados, pero por ellos fluía el llanto.

Garfield sabía que no lloraba por dolor físico ni por su fracaso. Lloraba pensando en Nina Valenti, la primera mujer que había amado de veras.

Aproximándose, murmuró Garfield:

—Mala suerte, Abe. Lo siento, hombre.

Abrió los ojos Bernstein. Miró al agente.

—Debí pensar que el gran error era enamorarse de una chica con escrúpulos. Debí pensarlo... Anda, lárgate, Derek... Y que te asciendan. No tardarás en tropezar tú también. Adiós.

El agente Garfield presentó su dimisión.

Pretextó que su futura esposa no aceptaba ser una viuda temprana.

La realidad solamente la sabía él. El difícil combate íntimo que

sostuvo para no compartir con Abe Bernstein el botín.

Condenado a cadena perpetua, Bernstein apareció con las venas abiertas en su celda.

Se atribuyó su suicidio a su carácter rebelde, incapaz de resignarse a un futuro entre rejas.

Pero Garfield pensó en Nina Valenti, la que en constante huida por países tropicales, vivía en el incesante temor a la Mafia, que trataría de vengar a uno de sus principales afiliados.

Derek Garfield, a instantes echa de menos su anterior existencia accidentada.

Es casi feliz en la monótona rutina de su diario trabajo como técnico electricista en la compañía aérea con el piloto Anderson.

Le compensa al ex agente la radiante felicidad de una esposa que le supone un héroe que sacrificó su carrera profesional por ella.

Telma Garfield ya no lee novelas de amores contrariados, ni de hazañas románticas de capa y espada.

La lectura favorita de Telma, es ahora un manual de puericultura.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] En la jerga del hampa y de la policía, se califica de «cordero» al personaje de aparente vida honorable que recibe emolumentos de un jefe de banda. < <